

4-16-8-40

4-16-8-40

16

OPRAS EN PUBLICACION.

OPRAS DE MR. PAUL DE KOCK.
 LAS DOS BIZAS, por Mr. A. Dumas; no hay ejemplares.
 Este cada una entre de 18 paginas.
 Sigue adierte la suscripcion a esta obra en verso, al precio de me-
 B. Ramon R. Linares.
 LA MONTAÑA DE MADRID, novela de costumbres, original de
 Edicion en libro, y en los otros volúmenes de 18 paginas.
 antes, tambien de Mr. Thiers y otros historiadores.
 escrito por Mr. de Voltaire, y sus sucesores con notas y documentos interesantes.
 HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA, desde 1770 a 1814.

**Donado á la Biblioteca
 Universitaria de Granada,
 en memoria del malogrado poeta**

BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.

OPRAS FESTIVAS de D. Francisco de Castro, Villagut, con sus-
 de un tomo de 244 paginas, con 8 láminas, de 21 rs.
 EL TRIBUTO DE LAS CIEGAS DOCELAS, novela historica de
 de un tomo de 212 paginas, con 12 láminas, precio de 27 rs.
 DOÑA SANCHITA DE ALVALA, novela historica original, escrita
 con fines de un tomo de 208 paginas, con láminas, precio de 17 rs.
 LAS SIETE ESPERANZAS DE LAH, novela historica traducción
 de un tomo de 222 paginas, con láminas, precio de 17 rs.
 LA CAREZA DEL REY D. PEDRO, traducción historica original.

Univerſitaria
N.º 28
7819

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Sala: E
Estante: 002
Número: 056 (61)

OBRAS EN PUBLICACION.

HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA, desde 1779 á 1814; escrita por Mr. Mignet, y enriquecida con noticias y documentos interesantes, tomados de Mr. Thiers y otros historiadores:

Edicion de lujo, á medio real cada entrega de 16 páginas.

LA MODISTA DE MADRID, novela de costumbres, original de D. Ramon R. Luna.

Segue abierta la suscripcion á esta lindísima novela, al precio de medio real cada entrega de 16 páginas.

LAS DOS DIANAS, por Mr. A. Dumas; no hay ejemplares.

OBRAS DE MR. PAUL DE KOCK.

EL HOMBRE DE LOS TRES CALZONES, novela, edicion de gran lujo, con magnificas litografias, precio, 18 rs.

LA SEÑORITA DEL QUINTO PISO, novela, edicion de gran lujo, con magnificas litografias, precio, 30 rs.

LAS DOS BAÑERAS, novela, edicion de gran lujo, con magnificas litografias, precio, 40 rs.

OBRAS DE D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LA CABEZA DEL REY D. PEDRO, tradicion histórica original, consta de un tomo de 688 páginas, con láminas, precio, 15 rs.

LOS SIETE INFANTES DE LARA, leyenda histórica tradicional, consta de un tomo de 768 páginas, con láminas, precio, 17 rs.

DOÑA SANCHA DE NAVARRA, novela histórica original, consta de un tomo en 4.º de 752 páginas, con 12 láminas, precio, 25 1/2 rs.

EL TRIBUTO DE LAS CIEN DONCELLAS, leyenda histórica tradicional, consta de un tomo de 548 páginas, precio, 12 rs.

OBRAS FESTIVAS de D. Francisco de Quevedo Villegas, constan de un tomo de 944 páginas, con 9 láminas, precio, 21 rs.

EL GRILLO DEL HOGAR,

POR

CARLOS DICKENS.

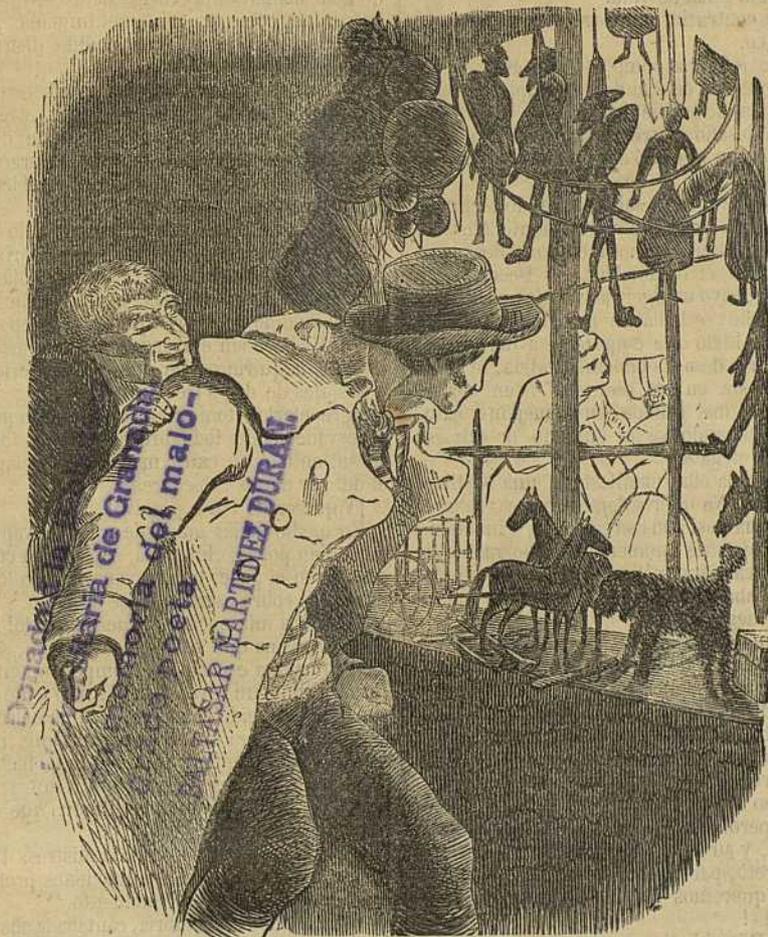


Primer grito.

Es la olla que ha empezado á hervir. Me im-

qué es lo que ha empezado. Yo digo que es la olla. Me parece que debo saberlo!

La olla ha comenzado á hervir cinco minutos



¡Oh maldición! ¡Pérfida mujer!

porta poco saber lo que ha dicho m' stress Peerybingle. Sé á qué atenerme.

Mistress Peerybingle, por mas que discursiese hasta el fin de los siglos, no podría decir

antes que se oyera un solo grito del grillo. Tomo por testigo al cuclillo holandés que marca a hora en el rincón del cuarto.

Pero sostengo que el cuclillo había concluido

ca. Universitaria
C
28
78(9)

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA
Sala: C
Estantería: 002
Número: 056 (61)

OBRAS EN PUBLICACION.

HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA, desde 1779 á 1814; escrita por Mr. Mignet, y enriquecida con noticias y documentos interesantes, tomados de Mr. Thiers y otros historiadores:

Edición de lujo, á medio real cada entrega de 16 páginas.

LA MODISTA DE MADRID, novela de costumbres, original de D. Ramon R. Luna.

Sigue abierta la suscripción á esta lindísima novela, al precio de medio real cada entrega de 16 páginas.

LAS DOS DIANAS, por Mr. A. Dumas; no hay ejemplares.

OBRAS DE MR. PAUL DE KOCK.

EL HOMBRE DE LOS TRES CALZONES, novela, edición de gran lujo, con magníficas litografías, precio, 18 rs.

LA SEÑORITA DEL QUINTO PISO, novela, edición de gran lujo, con magníficas litografías, precio, 30 rs.

LAS DOS BANERAS, novela, edición de gran lujo, con magníficas litografías, precio, 40 rs.

OBRAS DE D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

LA CABEZA DEL REY D. PEDRO, tradición histórica original, consta de un tomo de 688 páginas, con láminas, precio, 15 rs.

LOS SIETE INFANTES DE LARA, leyenda histórica tradicional, consta de un tomo de 768 páginas, con láminas, precio, 17 rs.

DOÑA SANCHA DE NAVARRA, novela histórica original, consta de un tomo en 4.º de 752 páginas, con 12 láminas, precio, 25 1/2 rs.

EL TRIBUTO DE LAS CIEN DONCELLAS, leyenda histórica tradicional, consta de un tomo de 548 páginas, precio, 12 rs.

OBRAS FESTIVAS de D. Francisco de Quevedo Villegas, constan de un tomo de 944 páginas, con 9 láminas, precio, 21 rs.

EL GRILLO DEL HOGAR,

POR

CARLOS DICKENS.

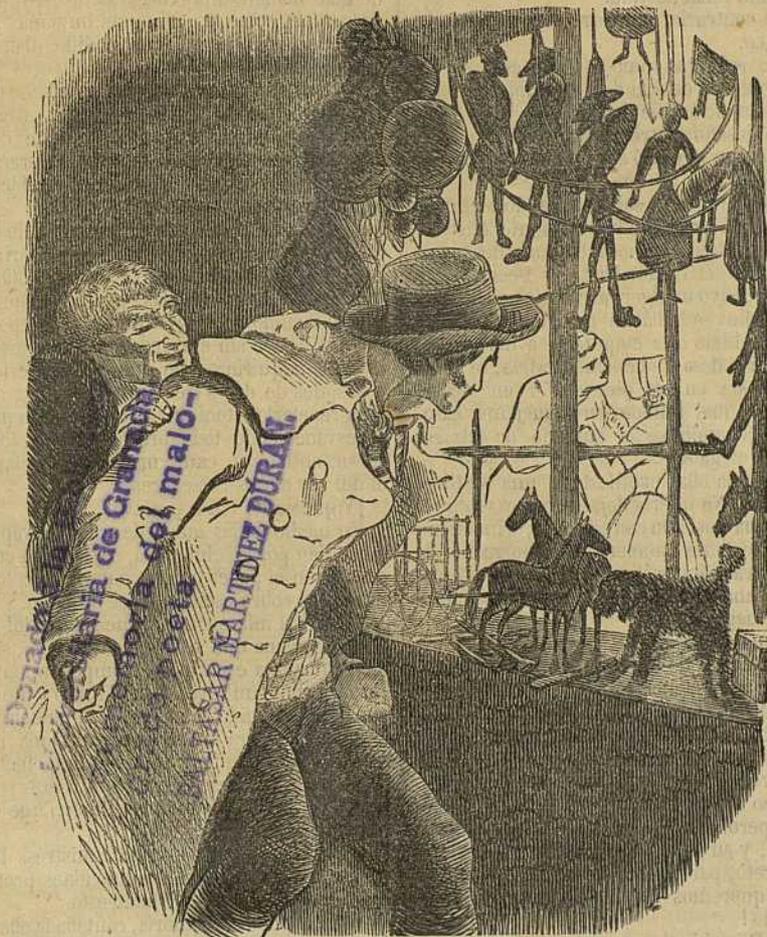


Primer grito.

Es la olla que ha empezado á hervir. Me im-

qué es lo que ha empezado. Yo digo que es la olla. Me parece que debo saberlo!

La olla ha comenzado á hervir cinco minutos



¡Oh maldición! ¡Pérfida mujer!

porta poco saber lo que ha dicho m' stress Peerybingle. Sé á qué atenerme.

Mistress Peerybingle, por mas que discursiese hasta el fin de los siglos, no podria decir

antes que se oyera un solo grito del grillo. Tomo por testigo al cuclillo holandés que marca a hora en el rincon del cuarto.

Pero sostengo que el cuclillo habia concluido

de sonar, y que el segador que se balancea convulsivamente en lo alto del cuclillo habia segado dos tñhulas de su yerba imaginaria antes de la llegada del grillo.

No acostumbro á afirmar nada sistemáticamente; todos lo saben; así, por ningun concepto queria sostener mi opinion contra la de mistress Peerybingle, si no estuviese íntimamente convencido de lo que digo. Pero se trata aquí de un hecho, y este es que la olla ha empezado á hervir cinco minutos lo menos antes que el grillo hubiese dado señal de vida.

Decid lo contrario, y pondré diez minutos en vez de cinco.

Dejadme referiros cómo sucedió esto. Quizá tambien hubiera debido dar principio por ello.

Se hubiese dicho que habia una especie de lucha ó de desafio entre la olla y el grillo. Pero ved aquí lo que provocó esta lucha, y cuál fué su resultado.

Mistress Peerybingle salia, habiendo declinado el dia, para ir á llenar la olla á la fuente. Mistress Peerybingle volvió algunos momentos despues y puso la olla en el fuego. Mistress Peerybingle, al hacer esto, tuvo un ligero acceso de mal humor, porque sus pies se hallaban bañados, y el agua en estado de hielo que empezaba á derretirse, es decir, harto desagradablemente fria, le habia salpicado hasta en sus piernas. Y en verdad comprendo el mal humor en semejante caso, sobre todo cuando se ha cuidado de calzarse y con cierta elegancia.

Y despues, la olla manifestaba una obstinacion irritante. No queria dejarse colocar sobre el carbon en una posicion conveniente, é inclinándose hacia adelante á manera de los borrachos, la idiota escarrea el agua sobre el hogar. En su terquedad, silbaba y rugia espantosamente á presencia del fuego.

Para colmo de desgracia, la tapadera, resistiendo á los dedos de mistress Peerybingle, volvióse lo de arriba á ajo; despues, con una resolucion digna de mejor causa, se sumergió oblicuamente hasta el fondo de la olla, y no podriais imaginar los esfuerzos inauditos que debió hacer mistress Peerybingle para sacarla.

La olla no abandonó por esto su aire insolente y áspero. Su asa, tomando un aspecto provocador, y su cuello irguiéndose con un desden indiscreto, parecian decir á mistress Peerybingle: No queremos hervir. Nada podrá decidirnos á ello!

Mistress Peerybingle, pasado su acceso de mal humor, frotó una contra otra sus manos regordetas, y se sentó delante de la olla riendo á carcajadas.

Durante este tiempo, el fuego ardia esparciendo el regocijo, y la llama iluminaba al segador que se hubiese creído entonces inmóvil en la estremidad del cuclillo.

Hallábase muy agitado sin embargo, y sus espasmos le acometian dos veces por segundo. Pero sus sufrimientos, en el momento en que el reloj iba á dar la hora, ofrecian un espectáculo aterrador, y cada vibracion de la campana producía en él el efecto de un terremoto.

El pobre segador no volvia en sí mismo sino cuando esta conmocion violenta y el ruido de aquella habia cesado completamente.

En cuanto á mí, comprendo su espanto, porque estas sonoras máquinas de relojes funcionan de una manera muy discordante;—y admiro, en verdad, cómo las criaturas humanas, sobre todo los holandeses, han podido disfrutar al inventarlas.

Todos convienen en decir en efecto que los holandeses gustan habitar y vestir magníficamente sus personas obesas, aunque de poca estatura; por esta razon debemos sorprendernos al ver sus relojes abrigados tan miserablemente.

Pero volvamos á la olla.

A fuerza de entregarse á su ejercicio musical, empezaba á experimentar en su laringe un embarazo que se traducia ya por las notas desiguales apenas articuladas, y que degeneraba de vez en cuando en un ronquido monótono.

Poco á poco sin embargo, sus buenos sentimientos adquirieron de nuevo la superioridad, y despues de dos ó tres tentativas desgraciadas para repelerlos tomó heroicamente su partido, y desvaneciéndose todo proyecto tri-te, toda reserva, entonó un canto mas alegre y claro que el del rey de los ruisenores.

¡Y qué canto tan espresivo!

En medio de las nubes de ardiente vapor que ascendian por la chimenea, se lanzaba con alegría y con el poder que le comunicaban los pulmones de cobre escitados por el fuego.

¡Y ved la influencia del buen ejemplo! La tapadera misma que se habia sublevado, se puso á ejecutar una especie de acompañamiento, y á resonar como un jóven timbal sordo y mudo que jamás ha conocido á su hermana gemela.

Este canto era sin duda alguna una invitacion cordial dirigida á alguno que se hallaba en la parte de afuera, y dispuesto á entrar en la casa para tomar asiento en el fuego que esparciera tanta alegría.

De este modo lo comprendia mistress Peerybingle, en medio de las meditaciones profundas que la absorbian en este momento.

—La noche está sombría, cantaba la olla, y las hojas secas cubren el camino. En la atmósfera reinan la niebla y la oscuridad mas profunda. La campiña entera está de duelo, y el viento sopla melancólicamente á través de los árboles despojados. El agua que cae del cielo está helada... Pero viene, viene, viene!...

Y el grillo cantaba á su vez, y formaba coro con una voz tan penetrante y tan poco propor-

cionada á su cuerpo diminuto, que era prodigioso ver cómo podía resistir sin estallar en mil pedazos ó como un cañon muy cargado.

La olla continuaba su solo con un ardor sostenido; pero el grillo empezaba á dominarle. ¡Lo conseguiría, Dios mio!...

Su voz aguda resonaba en la casa entera y parecia brillar como una estrella en las tinieblas de la atmósfera. Al alcanzar las notas mas altas tenia una vibracion tan prodigiosamente penetrante, que se hubiera creído inspirada por el entusiasmo.

Sin embargo, las dos voces habian concluido de cantar á la vez, y parecian querer disputarse la victoria.

Despues de haber oído durante algunos momentos este concierto, la linda mistress Peerybingle, porque era jóven y linda, se dirigió hácia la ventana; pero la noche estaba tan negra, que no vó otro objeto sino su imagen reflejada por las vidrieras. Por lo demás creo, y sin duda muchas personas hubieran sido de mi opinion, creo que hubiera podido mi ar mucho tiempo á lo lejos sin descubrir un objeto que le pluguiese.

Cuando volvió á sentarse al lado del fuego, la olla y el grillo continuaban cantando á cual mejor.

De repente el sordo rumor de un carro, los ladridos prolongados de un perro y la voz de un hombre, resonaron en la parte de afuera; mistress Peerybingle se precipitó hácia la puerta, y algunos segundos despues tenia un niño en sus brazos.

Ignoro de dónde venia este niño. Tenemos siempre que mistress Peerybingle tenia un niño en sus brazos, y verdaderamente su rostro radiaba de placer al aproximarse al hombre que acababa de entrar. Este tenia mucha mas edad que ella, y sobre todo de mucha mas estatura. Por esta causa se vío obligado á inclinarse para abrazar á mistress Peerybingle. Además de esto atraia las miradas de todos.

—¡Dios mio! Juan, dijo mistress Peerybingle, ¿en qué estado llegáis!

En efecto, sus cabellos, su barba y hasta sus cejas, se hallaban cubiertas de escarcha, que brillaba como el iris con la luz que emanaba del fuego.

—¡Voto á brios! ¿Veis, Dot? respondió lentamente Juan calentandose las manos, despues de haberse quitado el pañuelo que llevaba en su cuello; — voto á brios! no nos hallamos precisamente en estío. Por lo mismo, esto no es admirable.

—¿Por qué me llamis Dot, Juan? No me place eso, dijo mistress Peerybingle, haciendo un ademán que probaba por el contrario que este nombre le era muy grato.

—¿No esese vuestro nombre? ¿No quiere este

decir: *querida?* replicó Juan mirándola con una tierna sonrisa y estrechándole el talle con tanta delicadeza como podian permitirle sus anchas manos...

Era un hombre honrado este Juan, un tanto toscó en el exterior, pero escelente en el fondo. ¡Oh madre de la naturaleza! concede á tus hijos la verdadera poesia del corazon, tal como la has infundido en el alma de este pobre carruajero; — Juan ejercia este oficio honrado; — concede á tus hijos la poesia del corazon, y le dejaremos de buen grado hablar y vivir prosáicamente á su albedrío.

Disfrutaba Juan al ver á Dot, teniendo en sus torneados brazos al niño que la sonreia. Parecia sumida en un dulce éxtasis, y su cabeza encantadora, graciosamente inclinada, estaba apoyada con un abandono que la daba mayor realce en el vigoroso busto del carruajero.

Disfrutaba tambien al ver á esta, esforzándose con tierna solicitud á prestar el rudo apoyo de su persona á la jóven y hermosa mujer.

Algunos pasos tras ellos, Tilly, la criada, con la boca y sus ojos abiertos cuanto era posible, se hallaba absorta en la contemplacion del grupo, esperando que se la diese el niño.

—¡Cuán hermoso es! ¿no es verdad, Juan? exclamó Dot.

—Hermoso como un ángel, dijo el carruajero, quien hizo el movimiento de acariciar al niño; pero retiró bruscamente su mano, como si hubiese temido aplastar á la débil criatura; despues casi arrojándose púsose á considerarla á cierta distancia, con una especie de orgullo embarazado. Parecia en este momento á una mañana apacible que se hallara un hermoso dia padre de un canario.

—Duerme casi siempre, ¿no es cierto? dijo Juan.

—Queréis chancearos sin duda, replicó Dot.

—¡Hum, hum! hizo el carruajero con una voz tan atronadora que el niño se despertó súbitamente.

—¡Dios mio! Juan, ¿cómo podeis asustarle así?

—Pero no tiene el aspecto muy conmovido, contestó el carruajero con admiracion. Ved, abré los ojos, bostezando como un pez de oro!

—En verdad, no sois digno de ser padre, replicó Dot con la dignidad de una matrona esperata. No sabeis aun que los niños sufren tambien. Ignorante! continuó riendo y tirando de la oreja á su marido.

—Tienes razon, dijo Juan despojándose de su paletó, —tienes razon, Dot. El hecho es que no estoy muy enterado de ese capítulo. Pero lo que comprendo muy bien, es que me he batido furiosamente esta tarde con el viento de Nordeste. Ignorante! durante todo el camino ha soplado en mi carro.



—¡Pobre anciano! eso es cierto, sin embargo, dijo mistress Peerybingle, á quien estas palabras volvieron inmediatamente toda su actividad.

—¡Mirad! Tilly, tomad el niño para que yo haga el té. Cuando concluya, Juan, te ayudaré á ordenar tus lios. Trabajaré como una abeja.

Juan encendió la linterna y salió para ver si el muchacho había cuidado del caballo, enorme y robusto animal, cuyo día de nacimiento se había perdido en las tinieblas de la antigüedad. Boxer, el perro de la casa, comprendiendo que la familia en general tenía derecho á una parte igual de sus atenciones, entra como un loco en la casa, para salir de ella un segundo después, luego volver aun, después de haber dado algunas vueltas y ladrado alrededor del caballo, que se restregaba en la puerta de la caballeriza. Boxer estaba ébrio de alegría. Unas veces fingía precipitarse con un furor irresistible sobre su ama, después se detenía de repente, con un aire inteligente y tuno.

Otras iba á provocar á Tilly Slowoy, que se hallaba sentada en un sillón bajo en el rincón de la chimenea, y aplicaba su hocico helado al rostro de la pobre criada, que exhalaba agudos gritos. Un momento después se colocaba en frente de la chimenea, y se hubiese creído que era para pasar allí la noche, si dos segundos después no se hubiese levantado precipitadamente, como recordando de repente alguna cita importante.

—Hé aquí el té dispuesto, dijo Dot aproximándose á la mesa. Hé aquí el jamon, la manteca y el pan; nada falta en ella.

—¡Pues bien, Juan! ¿dónde te hallas?—Tilly, si no cuidais del niño, le dejareis caer!

En despecho del aspecto de impaciencia con el cual recibió Tilly esta advertencia, es bueno decir, que tenía buena maña para criar al niño, cuya existencia había puesto veinte veces en peligro.

Esta jóven era delgada y erguida, á tal extremo que sus vestidos parecían amenazar á cada momento deslizarse de los delgados hombros á los cuales estaban sujetos.

Su traje se hacia siempre notar por alguna pieza de adorno de franela grotescamente cortada, y por una especie de corsé verdusco cuyos ojetes se veían.

Tilly, sumida incesantemente en una admiración extraordinaria á la vista del menor objeto, y absorta además en la contemplación perpétua de las perfecciones de su ama y del niño, con todas sus faltas de juicio, daba pruebas de buenos sentimientos, que compensaban seguramente los extravíos de imaginación cuya víctima era muchas veces el niño, y de los que llevaba dejadas huellas numerosas al contacto de las puertas, armarios y otros cuerpos extraños.

Por esta razón Tilly Sowoy no podía cansarse

de admirar la benevolencia con que la trataban sus amos, que la tenían como padres, porque la pobre había sido educada por la caridad pública en el hospicio de los espósitos.

Mistres Peerybingle no tardó en volver con su marido, á quien ayudaba ó mas bien parecia ayudarle á trasportar los fardos de que estaba cargado el carro. Juan aplaudía los esfuerzos de su mujer, y el grillo parecia por su parte alentar con su voz que esparcía el regocijo en derredor suyo.

—El grillo tiene esta noche una alegría arrebatadora, dijo Juan lanzando una mirada al hogar.

—¡Y esto nos producirá felicidad, Juan! Su voz nos ha anunciado siempre algun suceso feliz.

Juan se sonrió con un aire de aprobación, pero sin traducir de otro modo su idea.

—La primera vez que oí su canto alegre, Juan, fué la noche que me condujiste á esta casa, de la que soy ahora dueña. Sucedió esto há un año. ¿Tú lo recuerdas, Juan?

¡Oh, sí, Juan lo recordaba!

—¡Qué placer me produjo ese canto! Estaba lleno de animación y de promesas. Parecia decirme que serias afectuoso y amable para conmigo, que serias indulgente para con las indiscreciones de tu mujer.

Juan, que se había quedado pensativo, miraba á Dot con una ternura indecible.

—Decia verdad, prosiguió; el grillo decia verdad, Juan, porque has sido para mí el mejor y mas indulgente de los maridos. ¡Oh! esta morada ha sido siempre la morada feliz, y por esta razón, Juan, quiero al grillo!

—Entonces quiérolo yo tambien, contestó el carruajero.

—Quiérolo por sus conciertos nocturnos, y por todas las ideas que me ha sugerido su inocente voz. A las veces, declinado el día, cuando me veía sola y melancólica, Juan, en la época en que no tenía aun el niño para que me sirviera de compañía y amenizara la casa, cuando me ponía á pensar en el aislamiento en que te dejaría si hubiese muerto, en aquellos momentos los cantos que salían del hogar, parecían hacerme oír otra voz tan dulce y tan querida, que desvanecía mi espanto como un ensueño.

Y cuando temía, esto me ha sucedido, Juan; pero para tan jóven entonces! cuando temía que nuestra unión no fuese feliz, porque era tan niña y parecías mas bien mi guardia que mi marido! Cuando pensaba que no podriais llegar á amarme, la voz del grillo alentaba mi valor y disipaba mis alarmas.

Todas estas ideas las he recordado esta noche, mientras os esperaba, querido, sentada en el rincón de la chimenea, y agradézco al grillo.

—Y yo tambien se lo agradezco, repitió Juan;

pero decidme, Dot, ¿por qué dudais de mi afecto? ¿Es que no os amaba mucho tiempo antes de conducirnos aquí para ser la dueña del grillo? ¡Eh, loca!

Dot dejó caer su mano en el brazo de su marido mirándole con aspecto conmovido. Un momento despues estaba arrodillada delante de la cesta que contenia los paquetes; púsose luego á examinarlos en una mesa, sin interrumpir su habladuria infantil.

—¡Oh! pero pesa como veinte pasteles juntos, exclamó Dot afectando no poder levantarla. ¿Para quién es, Juan, para quien?

—Leed el sobre: está escrito á lo largo de ella.

—¡Es una burla, Juan! replicó despues de haber leído el sobre. No me hareis creer que esta tortada es para Gruff-et-Tackleton, el fabricante de paquetes! Esto no es posible!

Juan hizo una señal afirmativa.

Donado á la Biblioteca
Universitaria de Granada,
en memoria del malo-
grado poeta
BALTASAR MARTINEZ DÚRAN.



El anciano caballero.

—Hay muy pocos esta noche, Juan; pero acabo de ver algunos fardos de géneros detrás del carro, y aun cuando sean un tanto molestos, no tenemos derecho para quejarnos de ello, ¿no es verdad? porque en fin han pagado tan bien como los demás. Además, ¿babeis hecho alguna distribucion antes de volver á casa?

—Sí, dijo Juan, me hallaba muy cargado.

—¡Mira! ¿qué contiene esta caja redonda? Apostaria á que es una tortada de boda.

—No hay como las mujeres para adivinar estas cosas, dijo Juan con admiracion. Un hombre jamás hubiera pensado en ello. Sí, Dot, es una tortada de boda, y yo mismo la he comprado en la pastelería.

Mistress Peerybingle movió la cabeza cincuenta veces al menos con cierto aire de duda, é hizo el gesto mas lindo del mundo.

—¿Conque es cierto? preguntó Dot. Conozco á la prometida; hemos ido juntas al colegio.

Juan hizo un signo afirmativo.

—¡El tan anciano! ¡ella tan jóven! ¿Cuánta edad tiene mas que vos Gruff-et-Tackleton, Juan?

—¿Cuántas tazas de thé tomaré esta noche? replicó Juan.

Lo menos cuatro veces mientras que Gruff-et-Tackleton toma una en una noche. En cuanto á comer, continuó con un tono de buen humor y atacando al jamon, no es ese mi fuerte

No soy devorador; lo poco que como, lo como con placer.

Juan jamás omitía pronunciar estas palabras todas las veces que se sentaba á la mesa. Esta creencia inocente era una ilusión, al ver que su apetito combatía victoriosamente todos los días.

Dol, contra su costumbre, no prestó atención á esta confesión natural que provocaba siempre sus sarcasmos y su sincera alegría. Había rechazado con el pié la caja que contenía la tortada, y parecía hallarse sumida en serias meditaciones. Juan la llamaba en vano, y golpeaba en la mesa con su cuchillo; nada conseguía.

Por último, se de idió á así la del brazo é invitárla á que se sentara, lo que hizo riéndose de su distracción. Pero no reía ya con tanta alegría. Indudal lemente agobiaba su ánimo alguna cosa extraordinaria.

El grillo enmudecía, por su parte, y la habitación había tomado repentinamente un aspecto casi sombrío.

—¿Se reduce á esto todo, Juan? dijo mistress Peerybingle mostrando los paquetes.

—Todo, con' está Juan. Pero... pienso en verdad, añadió dejando su tenedor y cuchillo, que he olvidado completamente al viejo.

—Al viejo!

—Sí, en el carro, dijo Juan. Se hallaba dormido en la paja cuando he llegado, y, á fé mía, no pensaba ya en él.

Juan salió entonces para ir á reparar su descuido.

El perro, menos olvidadizo que su ama, guardaba el patio, para vigilar sin duda que el viejo caballero no sustrajese los objetos que quedaban en el carro.

—¡Qué dormilon! dijo Juan al volver con el extranjero, quien fué á colocarse en medio de la habitación.

La cabeza del viejo caballero estaba adornada con una larga y blanca cabellera; sus facciones eran notablemente hermosas para su edad, y sus ojos brillaban como los de un jóven. Después de haber paseado sus miradas sobre los personajes que le rodeaban, púsose á sonreír, y saludó á la mujer del carruajero, inclinando con gravedad su cabeza blanca.

Sus vestidos de color oscuro tenían una figura singular, y parecían datar de otro siglo.

Le evaba en la mano un baston que golpeó contra el suelo, y el que de repente se transformó en sillón. Después de lo que se sentó con una sangre fría imperturbable.

—Mirad, dijo el carruajero, volviéndose hácia su mujer; balábase precisamente en esta posición cuando le encontré en el camino. Se hubiese creído un mojon, por tan terriblemente sordo como está.

—Cómo! ¿estaba sentado á campo raso? preguntó mistress Peerybingle.

—Sí, á campo raso, y próximo á declinar el día.

—Porte pagado! me gritó dándome una moneda. Después subió en mi carro y hélo aquí.

—¿Va á marcharse, supongo, Juan?

—Nada de eso; pero va á hablar.

—Perdoa, dijo el extranjero, hubiera deseado no tarbarne antes de haber llamado. No me presteis atención.

De-pues de haber pronunciado estas palabras sacó de sus anchos bolsillos unos anteojos y un libro que se puso á leer muy tranquilamente sin que le inquietáran los ladridos amenazadores del perro.

—El carruajero y su mujer cambiaron una mirada inquieta.

Después de un instante de silencio, el extranjero levantó los ojos, y mirando alternativamente á sus dos huéspedes, dijo dirigiéndose al carruajero:

—¿Vuestra hija, sin duda, amigo mio?

—Mi mujer, contestó aquel.

—Vuestra sobrina? preguntó el extranjero.

—Mi mujer! gritó Juan.

—En verdad, replicó el extranjero, en verdad, que es muy jóven!

—Después, volviéndose con una tranquilidad completa, púsose de nuevo á leer. Pero no había leído dos líneas, cuando volvió é separar su libro diciendo:

—Y el niño,—es vuestro?

Por respuesta, hizo Juan un movimiento de cabeza muy enérgico.

—Una hija?

—Muchacho! gritó Juan con toda la fuerza de sus pulmones.

—Qué edad?

—Dos meses y tres días, se apresuró á decir mistress Peerybingle.—Y oculado con la vacueta ha seis semanas; muy fuerte para su edad, según dice el doctor; muy inteligente, y lo comprende todo! empieza á sostenerse solo; ¿no es esto admirable?

Mistress Peerybingle no podía respirar después de haber gritado al oído del anciano estas frases entrecortadas. Sin embargo, fué á tomar al niño, que levantó con aire de triunfo delante del anciano para concluir de vencerle.

—Llaman á la puetra, dijo de repente Juan; id á abrir Tilly.

Pero antes que la jóven hubiese tenido tiempo de llegar, se abrió la puerta por la parte de afuera.

Era una de esas puertas primitivas que solo tenía un simple picaporte, de tal modo que permitía la entrada á todos los visitantes,—y el número de ellos era considerable en la morada de Juan, os lo aseguro; porque las gentes de la vecindad, cualquiera que fuese su condición, ansiaban en extremo cambiar una palabra

afectuosa con el carrujero, quien, sin embargo, no era muy hablador de suyo.

Apareció en la puerta un hombre de pequeña estatura, delgado y melancólico, vestido con una blusa cuya tela parecía lienzo crudo viejo. Si quedaba alguna duda con respecto á esto, no duró mucho tiempo, porque en el momento en que el hombrecillo se volvió para cerrar la puer-

—Tal cual, respondió Caleb con el aire preocupado de un hombre que busca la piedra filosofal. Las arcas de Noé proporcionan bastante al presente. Hubiera querido que los animales fuesen mejor hechos; pero esto no es posible, atendido el precio. A propósito, Juan, ¿habeis traído algun tiesto para mí?

El carrujero metió la mano en el bolsillo del



Jhon se apodera del fusil.

ta, se hubiese podido leer sobre su espalda la palabra *frágil*, escrita en grandes caracteres.

—Buenas noches, Juan, dijo el hombrecillo; buenas noches, señores, buenas noches, Tilly, buenas noches, extranjero. ¿Cómo sigue el niño, señora? ¿Y Poxer cómo se halla?

—Todo estamos buenos, Caleb, contestó Dot; y os bastará mirar á mi querido hijo para convenceros de ello.

—¿Teneis mucho trabajo ahora, Caleb? preguntó el carrujero.

paletó de que se habia despojado al llegar, y sacó de él un tiesto pequeño de flores cuidadosamente envuelto entre musgo y papel.

—Vedlo aquí, dijo tomándolo con precaucion. Ni una sola hoja hay maltratada.

Un rayo de alegría brilló en los ojos de Caleb. Cogió el tiesto de flores, y dió las gracias al carrujero.

—Es muy querido en esta casa, muy querido, dijo Juan.

—El precio en nada influye, contestó el hom-

brencillo; y si hubiera sido preciso, hubiese pagado el duplo por tenerle. ¿No tenéis otra cosa para mí, Juan?

—Sí, efectivamente, una cajita: vedla aquí.

—Para Caleb Plumanier, dijo el hombrecillo delectando el sobre.

—Gracias, Juan: ¿cuánto os debo?

—Bah! me habeis dicho gracias: esto basta.

—Sois como siempre, replicó Caleb. Pero veamos... ¿se reduce á esto todo?

—No creo, dijo el carruajero. Buscad bien.

—Alguna cosa para mi amo, eh? preguntó Caleb despues de un momento de reflexion. Si lo sé, y hasta he venido expreso para esto; pero tengo la cabeza llena de otras cosas!... Mi amo no ha venido aun; ¿no es cierto?

—Se halla muy ocupado en galantear, dijo el carruajero.

—Debe venir sin embargo, replicó Caleb; me lo ha dicho; por lo mismo trataré de marcharme muy pronto.

Iba á alejarse en efecto, cuando vió á su amo que acababa de abrir la puerta.

—Ah! ¿vos por aquí? dijo este; esperad un instante, partireis conmigo. Juan Peerybingle, vuestro servidor; mistres Peerybingle, os saludo cordialmente. Mas linda que nunca!

—Vuestro saludo me admira, M. Tackleton, dijo mistress Peerybingle con un tono un tanto afectado, si no os halláseis en la víspera...

—¡Ah! sabeis la noticia.

—Al menos, replicó Dot, he hecho todo lo posible por creerlo.

—¿Yesto os ha sido difícil?

—Muy difícil.

Tackleton, el comerciante de juguetes, era llamado generalmente Gruff-et-Tackleton, segun el titulo de su casa de comercio, aunque Gruff, su asociado, hubiese abandonado hacia mucho tiempo los negocios.

La vocacion de Tackleton habia sido completamente desconocida de sus padres. Si habian hecho de él un prestamista ó un abogado, ó un gerif, ó un tejedor de cutiés, quizá despues de haber prodigado su natural en pérdidas transacciones, se hubiera hecho bondadoso y amable por solo el placer de variar.

Pero en el t.lico oficio de fabricante de juguetes se habia convertido en una especie de ogro doméstico que se habia alimentado de niños toda su vida, y constituido su enemigo implacable. Menospreciaba estraordinariamente todos los juguetes; producía en él un placer y era su único goce precisar á hacer gestos á sus muñecos de una manera horrible.

Tal como era para con sus juguetes, así era en todas sus acciones. Por lo mismo dejó á vuestro albedrio infirais el personaje encantado que hacia esto.

Y sin embargo, Tackleton, el fabricante de

juguetes, se hallaba á punto de casarse. Sí; en despecho de todo esto iba á contraer matrimonio, y lo que es mas, con una mujer jóven y linda.

Ciertamente, jamás se le hubiera creído comprometido, al verle en la habitacion del carruajero con su rostro delgado y gesticuloso, y sus ojos de buho. Y sin embargo, iba á casarse.

En tres dias, el jueves próximo, el último dia del mes, abandonaré la vida del soltero! exclamó Tackleton.

¿He dicho que tenia un ojo abierto y el otro casi cerrado, y que este era el ojo espresivo? Parece que no habia hablado de esto.

—El jueves será mi dia de boda! continuó Tackleton baciendo ruido con su dinero.

—Es precisamente el aniversario de nuestro casamiento, exclamó el carruajero.

—¡Ah! ¡ah! hizo Tackleton riéndose. Coincidencia singular! formaremos dos parejas idénticas.

Esta comparacion presuntuosa escitó la indignacion de Dot. No le faltaria ya, pensaba, sino jactarse de tener á su vez un niño como el nuestro. Este hombre está loco.

—¿Ireis á la boda? dijo Tackleton.

—Pensamos celebrar en casa el aniversario de nuestro matrimonio, contestó Juan. Nos lo hemos prometido há mas de seis meses.

—¡Qué grilló tan insufrible tenéis aquí! dijo Tackleton. En lugar vuestro, lo mataria. No puedo sufrir su grito penetrante.

—¡Pues qué! ¿matais los grillos? exclamó Juan.

—Los esterminó á todos, dijo Tackleton... Pero decidme: ¿ireis? Está en vuestro interés, como en el mio que nuestras mujeres se persuadan mutuamente que son felices. Y las conozco. Existe entre ellas un espíritu de emulacion tal, que si vuestra mujer dijese á la mia que os adora, la mia diria otro tanto de mí á la vuestra; y creerian la mitad de lo que hubiesen dicho.

El carruajero miró alternativamente al fuego, á su mujer y Tackleton, sobrecogido y sin saber qué responder.

—¡Buenas noches! dijo por último Tackleton, á quien inquietaba aquella vacilacion silenciosa. ¡Buena noche! ¡ilusiones lisonjeras! Despues salió seguido de Caleb.

Apenas habian pasado el dintel de la puerta, cuando resonó en el aposento un grito agudo. Este grito habia sido exhalado por Dot, quien se habia levantado de su silla, y que parecia se habia apoderado de ella un terror secreto.

El extranjero se habia colocado próximo al fuego para calentarse, y se mantenia á dos pasos de ella, muy tranquilo en apariencia.

—Dot, exclamó el carruajero, ¡amor mio! ¿qué teneis? ¡respondedme!

Por toda respuesta, Dot golpeó sus manos una contra otra, y se puso á reir convulsivamente. Después, desprendiéndose de los brazos de su marido, dejóse caer en el suelo, y cubriéndose su rostro con su delantal, se puso á sollozar y reir alternativamente.

Un momento después, se quejó del frio, y su marido la condujo de nuevo al sitio que habia ocupado durante la noche.

El anciano conservaba siempre su tranquilidad é inmovilidad.

—Me siento mejor, — Juan, dijo por fin Dot, estoy perfectamente ahora... Yo... Pero Juan se preguntaba á sí mismo si su mujer se habia vuelto loca, porque al hablarla no cesaba de mirar atentamente al anciano singular.

—Nada es esto en verdad, amigo mio... una alucinacion... una especie de choque violento... yo no cegué... Pero estoy buena ahora, os lo juro.

El carruajero se hallaba tan conmovido y ocupado además en prodigar cuidados á su mujer, que no habia notado la presencia del estrañero.

—Es tiempo que se marche de aquí, pensó, y voy á hacérselo comprender.

Os pido perdon, amigo mio, le dijo el anciano previniéndole, si permanezco aquí; tanto mas, cuanto que vuestra mujer se halla enferma; pero la persona que debia venir á buscarme no llega, y os ruego me alquileis una cama.

—Sí, sí, gritó Dot, ¡sí ciertamente!

—¡Oh! hizo el carruajero sorprendido de este celo.

No lo deniego precisamente, dijo al anciano; pero sin embargo me parece que...

—Callad, amigo mio, os lo suplico, replicó Dot interrumpiéndole. ¡Qué pues! está sordo como un poste.

—Sí, lo sé, pero... sí, caballero, ciertamente, dijo dirigiéndose al estrañero. Voy á disponerme inmediatamente una cama.

Salió en efecto precipitadamente y con una agitación tal, que el carruajero permaneció mudo de admiracion mirándola alejarse.

—Quisiera saber lo que ha producido su espanto, deiciase á sí mismo. Juan menospreciaba las insinuaciones del comerciante de juguetes, y sin embargo, henchian su ánimo de vagas inquietudes.

Dispúsose la cama muy pronto, y el estrañero se retiró á su aposento sin querer tomar otra cosa que una simple taza de te.

Entonces Dot colocó el sillón en el rincón de la chimenea para que se sentara su marido. Después llenó su pipa, presentósela, y se sentó á su lado en el taburete que ocupaba habitualmente.

Dot sabia llenar una pipa mejor que persona alguna del mundo. Era encantador verla introducir el dedo en la pipa, y después de esto soplar en el tubo; luego cuando la habia cargado con sumo cuidado dábala á su marido con una mano, y con la otra tenia un pedazo de papel para encenderla ella misma.

El carruajero se puso á fumar en su vieja pipa; y mientras que el cuclillo hacia su tic-tac, chisporrea el fuego y el grillo cantaba, pareciale ver á través de las nubes de humo á aquel génio de su hogar que se atelantaba hácia el medio del aposento.

Mil formas encantadoras evocadas por este génio, se ofrecieron á las miradas del feliz carruajero, y todas estas formas adoptaban antes de desvanecerse las facciones queridas de su mujer é hijo.

Pero ¿cuál era aquella figura de hombre colocada al lado de Dot por el génio de su hogar? ¿Por qué pues aquel hombre no cesaba de repetir: ¡Casada! ¡casada!

—¡Oh Dot! oh D t! ¿seriais pues culpable? ¿Qué sombra aterradora habrá ido á atravesar las dulces visiones de vuestro marido?

Canto segundo.

Caleb Pluminer y su hija ciega habitaban solos una casilla de madera que parecia á una cascara de nuez rota. La casa de Gruff et-Tackleton por el contrario era la mas bella de la calle.

La pobre casilla, que dos martillazos hubieran derribado fácilmente, y cuyos restos se hubieran podido trasportar en un carro, estaba situada al lado de la de Gruff-et-Tackleton, como un hongo al pié de un árbol.

Pero allí habia empezado la fortuna de Gruff-et-Tackleton. Bajo su techo mezquino, el padre de Gruff habia fabricado juguetes para una generacion de muchachos y de niñas que hacia mucho tiempo que habian cesado de jugar.

He dicho que Caleb y su pobre hija ciega habitaban la casilla; pero hubiera dicho mas bien que Caleb solo moraba en ella, porque su pobre hija ciega habitaba en una habitacion encantada que el mismo Caleb habia decorado, cuyo pavimento jamás hollaban la pobreza y las penas.

Caleb no era nigromántico; pero conocia á fondo el único artimágico que nos resta: la magia del amor eterno y afectuoso. La naturaleza habia instruido y de ella procedia su poder.

La jóven ciega ignoraba que el cielo raso y las paredes estaban negras y llenas de manchas; que aquí y acullá veianse en ellas anchas grietas que cada dia se dilataban aun.

No sabia que el hierro se enmohecía, que se podria la madera, y que la casilla amenazaba ruina.

Ignoraba que hubiese en la alacena figuras de barro feas y toscas. No sabia que el pesar y el desaliento eran los huéspedes de la casa, y que ante sus ojos privados de la luz caían los cabellos de Caleb, y encarnecían cada dia mas.

La jóven ciega no sabia que tenian por amo un hombre impassible, exigente é interesado, es decir, que Takleton para con ella no era el mismo. Estaba acostumbrada á considerarle como un original que gustaba chancearse con ellos, y que jamás queria oír una sola palabra de agradecimiento, aun cuando fuese su protector y su ángel de guardia.

En esto consistía el trabajo de Caleb, el trabajo de este padre bondadoso. Pero él tambien poseia un grillo en su hogar, y muchas veces en sus horas de melancolía, y durante la infancia de la ciegucecita, que habia perdido ya á su madre, habia prestado oído al canto del grillo.

Este espíritu del hogar le habia inspirado la idea de tornar en alegría la desgracia misma de que su hija se veia acomodiada, y hacerla feliz á fuerza de mentiras piadosas.

Porque todos los grillos son espíritus poderosos, aunque la mayor parte del tiempo las personas que conversan con ellos lo ignoran completamente.

No existen en el mundo invisible voces mas dulces y verdaderas que os puedan hacer promesas ó daros consejos mas afectuosos.

Caleb y su hija trabajaban en la habitacion donde acostumbraban á verificarlo juntos y que ocupaban casi siempre.

Era este un miserable aposento.

En él se veían una porcion de cosas, unas completamente construidas, otras todavia no.

Habia de ellos para todas las condiciones, así como tambien se veia en el mismo lugar muñecas para todas las clases de la sociedad.

Aquí se hallaban los palacios, las residencias suntuosas y grandes señoras. Allí las habitaciones humildes amuebladas segun los débiles recursos de las muñecas poco favorecidas de la fortuna.

La nobleza, la clase media y el pueblo en general, á quien estas habitaciones se destinaban, estaban acostadas en cestos, y absortas en la contemplacion del cielo raso, en el cual fijaban sus miradas obstinadamente.

Atribuyendo á cada una de ellas la posicion que le era debida, cosa difícil de hacer en la vida real,—los fabricantes de estos muñecos habian sobrepajado en mucho á la naturaleza, muchas veces repugnante y perversa.

No querian atenerse á estos signos arbitrarios y distinguidos, tales como la seda, el raso, los encajes; habian añadido á ellos distinciones personales que no permitian duda alguna.

Por esta razon, la muñeca de alta alcurnia tenia los miembros de haro admirablemente por-

porcionados, mientras que las muñecas de una clase inferior tenian los brazos y las piernas de piel ó de lienzo crudo.

En cuanto á las muñecas del pueblo, consistian sus miembros en simples pedazos de pajuelas perfectamente apropiados á su humilde condicion.

Además de los muñecos habia en el aposento de Caleb Plumer otros mil *specimen* de su habilidad.

Veíase en él, entre otras cosas, las arcas de Noé, en las cuales, os aseguro, se hallaban amontonados graciosamente los pájaros y animales.

Por una licencia poética bastante atrevida, la mayor parte de las puertas de estas arcas de Noé tenian martillos. Estos apéndices no eran muy lógicos sin duda; pero bajo del punto de vista artistico, producian un efecto de los mas gratos.

Habia allí una multitud de carros cuyas ruedas producian un ruido halagüeño y melancólico cuando se las ponía en movimiento. Hallábanse tambien á millares los violines, tambores, cañones, espadas, broquel-s, trompetas y otros instrumentos de tormento. Habia votineros con sayos encarnados entregándose á los ejercicios mas peligrosos.

Habia tambien animales de toda especie, sobre todo caballos, desde el caballo del aguador hasta el corcel magníficamente enjaezado.

Hubiese sido difícil, en verdad, contar las mil y una figuras, que todas tenian una analogía mas ó menos sorprendente con los absurdos, los vicios y deformidades de la naturaleza humana. Nada habia exagerado, ni en la forma ni el juego de las redeccillas, porque basta una mano débil para poner en movimiento hombres y mujeres y para hacerlas ejecutar ejercicios gimnásticos tan sorprendentes como aquellos á los cuales los muñecos y los polichinelas estan condenados para siempre.

En medio de todos estos objetos, estaban sentados Caleb y su hija y ocupados en trabajar. La jóven ciega vestia muñecas, mientras que Caleb estaba en disposicion de pintar el frontispicio de una casa magnífica de cuatro pisos.

Las arrugas profundas que sureaban el rostro melancólico de Caleb, su actitud meditabunda y triste que le hacia asemejarse á un alquimista, contrastaban singularmente, á primera vista, con la trivialidad de su pobre obra.

Pero las cosas mas triviales se convierten muy graves cuando son inventadas para subvenir á las necesidades. Prescindiendo aun de esta consideracion, no estoy dispuesto á creer que Caleb, si hubiese sido chambelan, miembro del parlamento, abogado, ó un simple especulador, hubiese hecho un comercio de juguetes menos raros, mientras que dudo mucho que estos hubiesen sido tan inocentes.

—Así, padre, recibísteis la lluvia ayer noche en vuestro hermoso paletó nuevo, dijo la ciegucecita.

—Sí, en mi hermoso paletó nuevo, contestó Caleb lanzando una mirada sobre una percha de la que pendía el traje que hemos descrito para que se secara.

—Oh padre! ¡cuánto me alegro que lo hayais comprado!

—Y lo que es mas, en casa de un sastre de moda, replicó Caleb. En verdad lo creo muy hermoso para mí.

La ciegucecita dejó su trabajo un momento y se puso á reír con sumo placer.

—Muy hermoso, padre! pero no es muy hermoso para vos!

—Casi me avergüenzo de llevarle, dijo Caleb, espíandole el efecto producido por las palabras en el rostro de su hija que revelaba la sinceridad.—sí, me avergüenzo de ello. Cuando oigo decir á mi espalda: mira hé aquí un *dandy!* no sé ya dónde ingerirme.

Jóven feliz! cuán placentera estaba oyendo hablar á su padre!

—Os veo, padre, dijo, uniendo las manos,—os veo tan claramente como si tuviese la vista de que solo necesito cuando estás á mi lado. Una levita azul...

—Azul claro, dijo Caleb.

—Sí, sí! azul claro, exclamó la jóven levantando hácia el cielo su frente radiante de alegría; color del cielo como me lo habeis dicho muchas veces!... Una levita azul...

—Muy ancha, replicó Caleb.

—Muy ancha, exclamó la jóven riendo alegremente; y vos vestido con ella, querido padre, con vuestros ojos brillantes, vuestra boca llena de sonrisas, vuestras maneras desembarazadas y vuestra negra cabellera, vos tan jóven y tan hermoso!

—Vamos pues, dijo Caleb, ¿sabeis que vais á volverme vanidoso?

—Hase ya hecho, exclamó la ciegucecita mostrando el dedo á su padre en su buen humor. Sí, sois vanidoso. Ah! ah! ah! ¿Veis, padre, cómo os conozco?

Ah! cuán lejos estaba de la verdad la pobre niña, y cuán falsa era la idea que habia formado de su padre.

Habia hablado de su paso presuroso. Sobre este punto habia tenido razon. Caleb, en efecto, hacia muchos años que no habia pasado el dintel de la puerta de su casa con la lentitud que le era natural.

Siempre habia andado presuroso al aproximarse á la jóven, y jamás en sus dias de mayor tristeza habia olvidado andar con este paso juvenil que tanto la alegraba.

—Hénos aquí, dijo Caleb separándose un paso ó dos para juzgar mejor de su obra,—es para

engañarse en ello. Qué lástima que la distribucion de esta casa solo sea imaginaria! Hé aquí el peor de los oficios. No he hecho otra cosa que engañarme á mí mismo.

—Vuestra voz esta alterada, á mi parecer: ¿estais cansado, padre?

—Cansado! repitió Caleb con tono mas animado: ¿y cómo me habré cansado, Bertha? Jamás lo estoy.

Para dar mas firmeza á sus palabras, estendió el brazo, imitando el ademán negligente de algunos de los muñecos colocados en los estantes, y se puso despues á tararear una especie de cancion cómica. Los esfuerzos que se veia obligado á hacer para sostener su voz, daban á su delgado rostro una espresion lamentable.

—Mira! cantais tan bien! dijo Tackleton apareciendo de repente en el dintel de la puerta.—Continuad, continuad: en cuanto á mí no canto.

Al verle, nadie en efecto lo hubiera supuesto capaz de ello.

—Nunca canto, dijo Tackleton; pero con placer que os gusta ese ejercicio. ¿Os gusta trabajar al mismo tiempo? Veamos; probablemente os faltará tiempo para hacer tantas cosas á la vez.

—Si únicamente pudieras ver á Tackleton, con qué aspecto tan tuyo me mira, dijo en voz baja Caleb al oido de su hija. Cuánto le place burlarse! Verdaderamente; si conocieses su carácter, podrias creer que está colérico.—¿No es cierto?

La ciegucecita se sonrió haciendo un signo afirmativo.

—El ave que puede cantar, y que no quiere verificarlo, debe ser obligada á ello,—conocéis el proverbio, dijo Tackleton con un tono burlesco.

—No podrias imaginar con qué aspecto acaba de proferir esas palabras, Bertha! Está divertido!

—Siempre se halla contento y alegre en nuestra compañía! exclamó Bertha sonriendo.

—Ah! héle ahí! respondió Tackleton. Pobre loca!

Creíala verdaderamente loca; y esto porque le manifestaba un vivo afecto.

—Pues bien! ¿cómo seguís? continuó Tackleton con una voz brusca.

—Oh! bien, perfectamente bien. Tan feliz cual podeis desear verme, y como hariais feliz á todo el mundo si esto os fuese posible.

—Pobre loca! murmuró Tackleton; ni un destello de razon, ni un destello de razon!

La ciegucecita cogió la mano de Tackleton y la besó. Despues la estrechó entre las suyas, y la apoyó tiernamente en su mejilla antes de abandonarla. Este movimiento revelaba un afecto tan verdadero, una gratitud tan ferviente, que el mismo Tackleton se conmovió de ello.

—Qué es eso pues? dijo á la jóven con una voz menos áspera.

—Esta noche, replicó la ciegucecita, lo he colocado en mi cabecera antes de dormirme, y lo he visto en mis fantásticas ilusiones. Y cuando la aurora ha bañado con sus rayos la campiña, cuando el glorioso sol enrojecido, —*enrojecido*, no es cierto, padre?

—Enrojecido por la mañana y tarde, Bertha, contestó el pobre Caleb implorando á su amo con la mirada.

—Cuando ha esparcido sus dorados rayos, continuó la jóven, y su luz brillante contra la cual casi t-mo chocar al andar, ha penetrado en mi aposento, he colocado la flor al sol, y he bendecido al cielo y os he bendecido á vos!

—Diríase la escapada de Bedlam! murmuró Tackleton.

Caleb con las manos estrechamente entrelazadas, miraba á su hija con un air distraído, y no sabia si realmente Tackleton merecia ó no esta acción de gracias. Si en este momento hubiese sido condenado, bajo pena de muerte, á la alternativa de castigar al comerciante de juguetes ó de prosternarse á sus pies, hubiera vacilado seguramente.

Sin embargo, Caleb sabia que habia traído él mismo el rosál para su hija, y que habia imaginado esta mentira inocente, mentira para que no pudiese sospechar qué privaciones se imponia diariamente para proporcionarla un nuevo placer.

—Bertha! dijo Tackleton tomando por primera vez un tono benévolo, venid aquí.

—Oh! iré recta adonde os hallais solo! contestó.

—¿Queréis que os participe un secreto, Bertha?

—Sí, si ello os place! respondió con vehemencia la jóven, cuyo rostro radió de alegría.

—¿Hoy es, no es cierto, cuando debe venir aquí esa niña mimada, —la mujer de Peerybingle? ¿Es el día de vuestra funcion?

—Sí, dijo Bertha, es hoy.

—Me conceptuaré feliz de tomar parte en ella.

—¿Oís esto, padre? gritó la ciegucecita con alborozo.

—Sí, si, oigo, murmuró Caleb siempre absorto en sus meditaciones. Pero no lo creo; soy yo quien lo ha dicho.

—Quiero que May Fielding estreche mas sus relaciones con los Peerybingle, dijo Tackleton. Voy á casarme con ella.

—Casaros! exclamó la ciegucecita alejándose bruscamente.

—Sí, Bertha! replicó Tackleton. Voy á casarme, y haremos una boda soberbia. Tendremos carruajes, almuerzo, rancilletes, y todo lo que es consiguiente. Es que no sabeis lo que es una boda!

—Sí, lo sé, respondió la jóven con una voz conmovida. Sí, lo sé, lo comprendo!

—Ah! ¿comprendéis? murmuró Tackleton; es mas que esperaba de vos... Decíais pues que desearia asistir á vuestra reunion con May y su madre. Os enviaré mi plato en el día. Así está convenido: ¿nos esperaréis?

—Sí, contestó pensativa.

—Temo que nó, dijo Tackleton mirándola, porque habeis olvidado al parecer todo lo que os he dicho... Caleb!

—Señor, respondió este.

—Cuidad de recordarle mi recomendacion.

—Nunca olvida nada, señor.

—Cada hombre toma sus gansos por cisnes, dijo Tackleton encogiéndose de hombros.— ¡Pobre diablo!

El anciano Crubb-it-Tackleton, despues de haber pronunciado estas palabras con el tono mas despreciable, salió del aposento.

Bertha habia permanecido inmóvil y sumida en sus meditaciones. La alegría que brillaba en su rostro algunos momentos antes habia abierto paso á una espresion de melancolía... Tres ó cuatro veces hizo un movimiento de cabeza en señal de dolor, y como si algun recuerdo pesado se hubiese apoderado de su ánimo; pero esta afliccion era muda. Por último se aproximó á su padre, y sentándose á su lado le dijo:

—Padre, me hallo aislada en la oscuridad. Necesito de mis ojos, de mis ojos que me procuren la complacencia y el sufrimiento.

—Hélos aquí, dijo Caleb. Tan pronto dicho, como hecho, Bertha.

—Háblame de lo que ves.

—La habitacion tiene el aspecto de costumbre, dijo Caleb.

—Es alegre, pero muy angosta. Veo en ella siempre los mismos colores halagüenos que decoran las paredes, las brillantes flores dibujadas en los platos y vasos, el maderámen resplandeciente... en fin, todos los objetos curiosos que embellecen nuestro aposento.

—Vestís vuestro traje de trabajo; no os sienta tan bien como vuestro paletó, dijo Bertha tocando á su padre.

—Tiene muy buen corte tambien, respondió Caleb.

—Padre, dijo la ciegucecita aproximándose á él, y tendiéndole los brazos alrededor del cuello, —hábladme de May. ¿Es hermosa?

—Muy hermosa, dijo Caleb. Y decia verdad esta vez, por extraordinario.

—Su cabellera es negra, dijo Bertha con aire meditabundo, —mas negra que la mia. Su voz es armoniosa y dulce, lo sé... Muchas veces he disfrutado oyéndola. ¿Su talle?...

—Ninguna de nuestras muñecas le tiene tan delicado, dijo Caleb. Y qué ojos tan encantadores!...

Detúvose, porque acababa de sentir temblaba ligeramente la mano de su hija, y no comprendió harto esta simple advertencia.

Tosió repetidas veces, silbó, despues se puso á tararear su cancion cómica. Era su grande recurso en las circunstancias dificiles.

Bajó los ojos, cual si su hija hubiese podido leer en ellos su turbacion.

—¡Pues bien, padre! hablad aun de él, dijo Bertha. Habladme de él siempre. Su fisonomia es dulce, tierna y benévola. Es honrado y sincero, estoy íntimamente convencida de ello, y



Ocultó su rostro con las manos.

—Habladme tambien, padre, de nues ro amigo, de nuestro bienhechor. Sabeis que jamás me canso de oiros hablar de él, lo sabeis.

—Eso es cierto, contestó Caleb, y tenéis razon.

—¡Ah! sí, tengo razon, exclamó la ciegucecita con una emocion tal, que su padre, que aunque u conciencia no le acriminase por sus mentiras inocentes, no se atrevió á mirarla frente á frente.

cada una de sus miradas revela aquella alma que buscaba en vano ocultar sus perfecciones bajo una aparienca de rudeza y de malvado egoismo.

—Es un corazon noble, añadió Caleb, en su tranquila desesperacion.

—¡Un corazon noble! exclamó la ciegucecita. Tiene mas edad que May; ¿no es verdad, padre?

—Sí, dijo Caleb con una repugnancia ma-

nifiesta. Tiene alguna mas edad que May; ¿pero qué importa?

—Teneis razon, padre. Será su compañera amante y fiel, su ángel consolador en los dias de afliccion. Participará de sus alegrías; le cuidará con una ternura maternal! y rogará al cielo por él! ¡Cuán feliz es de poder probarle así su amor y su afecto! ¿Así le amará, decid, querido padre?

—Sin duda, respondió Caleb.

—Amo á esa bondadosa May, padre; la amo con toda mi alma! exclamó la ciegucecita. Y al proferir estas palabras, apoyó su linda cabeza en el hombro de Caleb, y se puso á llorar con tanta vehemencia que sentia casi haber procurado esta felicidad llena de lágrimas á su hijo querido.

...Sin embargo, habia movimiento y confusión en casa de Juan Peerybingle; porque Dot no queria salir sin su niño, y no era esto cosa fácil para hacer los preparativos de partida.

Por último, despues de haber dispuesto todas las cosas como si se tratara de un largo viaje, mistress Peerybingle, y Tilly que llevaba al niño en sus brazos, se adelantaron hácia la puerta, donde las esperaba el carro una hora hacia, así como Boxer, quien, en su impaciencia, ladraba y corria hasta no poder respirar desde el extremo de la calle á la puerta, y desde esta al extremo de la calle.

Juan cogió á mistress Peerybingle en sus brazos y la colocó en el carro; despues hizo lo mismo con Tilly despues de haberla desembarazado del niño, que la volvió cuando se colocó cómodamente.

—¿Nada habeis olvidado, Juan? gritó mistress Peerybingle. El pastel, el jamon, —¿dónde están?

—Tranquilizaos, todo está ahí; respondió Juan subiéndolo á su vez. ¡Hola, hola! dijo pegando con el látigo al caballo, que se despertó y partió al trote.

—Pero ahora que recuerdo, dijo Juan algún tiempo despues: y el pobre caballero ¿qué va á ser de él durante nuestra ausencia? Es un personaje furioso, es preciso confesarlo. Además, no le creo malvado.

—¡Oh, no! dijo mistress Peerybingle, —de ninguna manera. Yo... os respondo de él.

—En todo caso, paga como un príncipe, y no veo inconveniente alguno en tenerlo en nuestra casa. He hablado prolijamente esta mañana con él, y al cabo de cinco minutos de conversacion parecia estar acostumbrado á mi voz. Me hareferido su historia, y le he habado de mis negocios. En verdad, hemos quedado satisfechos el uno del otro. Pero... ¿no me escuchais, Dot? ¿En qué pues pensais?

—En nada, Juan; os escucho.

—Sea así, dijo el honrado carruajeiro; porque á juzgar por la espresion de vuestro rostro,

hubiera creído que pensabais en cualquiera otra cosa, y que mi conversacion os fastidiaba.

Dot por toda respuesta suspiró tristemente. Anduvieron taciurnos durante algunos minutos; pero el silencio se interrumpió muy pronto, porque Juan Peerybingle era conocido de todo el mundo, y cambiaba algunas palabras amistosas con casi todas las pasajeros.

Además, Boxer que precedía al carro, señalaba en todos lugares la aproximacion de sus amos. Era conocido por todas partes, sobre todo por los ánades y pollos, que al verle de lejos huian al vuelo sin esperar el honor de una familiaridad mas íntima.

Boxer se multiplicaba de una manera increíble. Corria de aquí acullá, yendo á caza de los pichones, de los gatos, y entrando en todas las posadas con el aplomo de un viejo experimentado.

—Mira, hé aquí á Boxer, se decia al verle entrar, —vamos á saludar á Juan Peerybingle y á su linda mujer.

Y despues Juan tenia que distribuir innumerables paquetes en el camino y por consiguiente era preciso detenerse muchas veces, lo que producía naturalmente conversaciones mas ó menos dilatadas, mas ó menos interesantes.

Sin embargo, Dot se habia apresurado á llegar, porque la atmósfera estaba fria y nebulosa: por lo tanto reprendía vivamente á su marido con motivo de su habluduría, lo que no la impedía de tomar en las conversaciones una parte principal.

Por último, estaban próximos á llegar. Vefase ya la casilla de Caleb, donde hacia diez minutos habia precedido Boxer á la familia; por lo que al bajar del carro en ontraron á la ciegucecita y á su padre que les esperaban en el dintel de la puerta.

Boxer lamó las manos de Berta, á quien trataba con un afecto particular y lleno de delicadeza, lo que haría suponer que comprendía instintivamente la dolencia de la jóven.

Nunca trataba de provocar su atencion mirándola, como tenia costumbre de hacerlo con las demas personas; jamás tampoco se aproximaba á ella con su brusquería comun.

May Fielding y su madre habian llegado hacia una hora.

Mistress Fielding era una mujer delgada y habladora, que pretendía todavía, y no se ocultaba de ello en manera alguna.

A su lado habíabase sentado Gruff-et-Takleton, que hacia el amable.

—May, mi buena amiga! exclamó Dot dirigiéndose hácia ella.

—¡Cuán feliz soy al veros!

May participaba del júbilo de su antigua compañera de colegio, á quien abrazó tierna-

mente. Ambas manteniéndose abrazadas, formaban un grupo delicioso digod y rse. Tackleton era decididamente hombre de gusto, porque su futura era linda.

Tackleton había llevado una piedad de carner, y, cosa sorprendente, había unido un bocado de dulce; pero no se contrae ni se movió por los días, y Tackleton había creído en demostrar se pródigo á los ojos de la mujer en quien iba á enlazarse.

Después de los saludos de costumbre, cada uno se puso á la mesa. Tackleton condujo á su suegro al sitio honorífico.

Caleb se sentó al lado de su hija. Dot y su compañera de colegio se colocaron juntas, y el bondadoso carruajero fué á colocarse á la estrechidad de la mesa.

Los muñecos, los polichinelas y las muñecas manifestaban contemplar todos estos preparativos con vivo interés, y formaban una galería que difundía el placer alrededor de los convidados. Si conservaban el menor resentimiento contra Tackleton, —y verdaderamente tenían derecho para ello, — la ocasión era excelente para reír á espensas suyas, porque procuraba en vano apropiarse un carácter amable y placentero, pues solo conseguía remedar las sonrisas más grotescas.

—¡ Ah May! dijo mistress Peerybingle, cuántas variaciones! Pero hablemos de nuestras locuras antiguas: esto nos rejuvenecerá.

—A oiros, diríase en verdad que no sois jóvenes, dijo Tackleton; ¿qué edad teneis pues?

—Preguntad su edad á mi marido, respondió mistress Peerybingle. Tiene veinte años más que yo. ¿No es verdad, Juan?

—Cuarenta, dijo Juan.

—Ignoro ciertamente, dijo mistress Peerybingle á Tackleton sonriéndose maliciosamente, cuántos años tendreis más que May; imagino sin embargo que á su aniversario próximo de nacimiento tendrá, según esta cuenta, la centena.

—¡ Ah! ¡ ah! hizo Tackleton esforzándose por reír, y mirando á Dot cual si hubiese querido estrangularla.

—¡ Ah querida! continuó Dot, ¿te acuerdas en qué lenguaje hablábamos en el colegio de nuestros maridos futuros? ¡Cuán hermosos, jóvenes y amables deberían ser! Y en verdad, no sé si debo reír ó llorar al pensar en todas esas locuras.

May no participaba de esta incertidumbre, porque se ruborizó de repente y sus ojos se anegaron de lágrimas.

—Por último, dijo Tackleton, no podeis resistirnos: ¿lo veis? ¿Dónde se hallan pues ahora todos esos hermosos futuros de vuestras fantasías?

—Unos no existen ya, dijo Dot; otros están olvidados.

—La mayor parte de entre ellos, si pudieran vernos en este momento, negarian reconocer en nosotras las jóvenes de otras épocas: estoy plenamente convencida de ello.

—¿Y eso por qué, mujer? exclamó el carruajero.

Dot había hablado con tanta animación, que necesitaba respirar; pero su marido no insistió, porque había tratado de intervenir, con el único fin de hacer causa común con el anciano Tackleton, cuya defensa creía era deber suyo tomar por caridad. Por lo demás, su buena voluntad fué inútil, porque su mujer nada decía.

May enmudeció también, y parecía no tomar parte alguna en lo que pasaba en derredor suyo. Su madre rompió aquél silencio embarazoso, discutiendo durante un cuarto de hora acerca de las imaginaciones locas de las jóvenes, y las ilusiones peligrosas en que aprecian mecerse antes de entrar en el mundo. Después, por medio de una asociación feliz de ideas, confesó sus pasados errores, cuidando de referir que había concluido de reconocerlos casándose con M. Fielding.

Esta confesión afectuosa la condujo naturalmente á hablar de las virtudes de su difunto marido, á quien había detestado siempre con el alma, entre paréntesis, y de las excelentes cualidades de M. Tackleton, á quien consideraba, decía, como el hombre más á propósito para labrar la felicidad de su hija May.

Por último, concluyó diciendo que su experiencia la había demostrado que las personas más felices eran indudablemente aquellas que se casaban contra sus primeras inclinaciones: habiendo terminado este discurso moral con grande satisfacción de la sociedad, propuso Juan Peerybingle beberian á la salud de mistress Fielding y los futuros esposos. Juan, después de haber vaciado dos veces su vaso, se levantó para partir.

Debeis saber, en efecto, que tenía que recorrer cuatro ó cinco millas antes de volver por Dot y conducirla á su casa.

Además de los desposados había aun allí dos personas que permanecieron muy indiferentes á las *toasts* que Juan llevó. Una de ellas era Dot, que pensaba en cosas muy diversas, á fé mia! Otra era Bertha, que se levantó de la mesa con una premura inesplicable.

—Hasta luego, dijo Juan Peerybingle, poniéndose su ancho *sobre todo*. Regresaré muy pronto. Hasta luego. ¿Y mi pipa, Dot? ¿dónde está mi pipa?

—Lo había olvidado, Juan.

—Olvidado mi pipa, replicó Juan. Ocorre alguna cosa extraordinaria!...

—¡ Ella olvidar mi pipa!

—Esperar un segundo, Juan, voy á disponerlos.

Pero Dot se hallaba, no sé por qué, aquel día con una torpeza inaudita; su mano temblaba, y con todo el trabajo del mundo pudo llegar á desempeñar aquella tarea familiar en la que todos los días adquiría aplausos de su marido.

Durante este tiempo, Tackleton la miraba maliciosamente con su ojo medio abierto, cuyo espionaje turbaba á Dot mas que espresion alguna. Indudablemente se verificaba en ella alguna cosa extraordinaria.

—Teneis hoy una torpeza no comun, dijo Juan á su mujer, y hubiera hecho muy bien en dispensaros ese trabajo.

Despues de haber proferido esta especie de galantería, Juan salió del aposento, y muy pronto se oyeron los ladridos del perro y el ruido producido por las ruedas del carro que se alejaba con una velocidad inusitada.

—Bertha, dijo dulcemente Caleb, que hasta entonces no habia cesado de observar la fisonomía de su hija, —Bertha, ¿qué ha sucedido pues? ¿Qué ha producido esa variacion en tí desde esta mañana, ¡amor mio! ¡Estás triste! ¿Qué tienes?

—¡Oh padre mio! ¡padre mio! exclamó la jóven anejada en llanto. —¡Oh, cuán desgraciada soy! ¡cuán desgraciada soy en hallarme ciega!

—Bertha mia! dijo Caleb con estremada emocion. —Pero, hasta ahora te hallabas siempre tan alegre, tan feliz! ¿Olvidas que todo el mundo te profesa afecto?

—Eso me desgarró el corazon, querido padre, siempre tan amable y afectuoso para conmigo!

Caleb no comprendia.

—Estar... estar... ciega, Bertha, querida mia, dijo balbuceando... es ciertamente una grande afliccion; pero...

—Nunca, exclamó la jóven, nunca habia comprendido toda la estencion de mi desgracia; jamás. A las veces ansío veros, verle, un solo instante, querido padre, un solo minuto, para conocer un tesoro, añadió poniendo sus manos en su corazon, —y no perderle jamás! Y otra, era muy niña entonces, —he llorado por la noche, rogando, cuando me ocupaba la idea de que vuestras imágenes, elevándose de mi imaginacion hácia el cielo, podian no ser vuestras imágenes reales. Pero nunca estas ideas ocupaban mi imaginacion; desaparecian, y conseguia mi felicidad.

—Y la conseguirás aun, dijo Caleb.

—¡Padre mio! oh bondadoso, y tierno padre mio, perdonadme si pienso mal! dijo la jóven. No es esto lo que constituye mi desgracia!

Abundantes lágrimas surcaban las mejillas del pobre padre; pero nada comprendia.

—Conducidme al lado de ella, dijo Bertha. No tengo valor para conservar mi secreto. Padre, conducidme á su lado! Despues, conociendo que vacilaba, exclamó: ¡May! ¡May!

A este llamamiento acudió May presurosa; la ciegecita estrechó las manos de aquella entre las suyas.

—Miradme bien, frente á frente, alma querida! dijo Bertha. Leed en mi rostro con vuestros ojos encantadores, y decidme si la verdad está inscrita en él.

—¡Sí, querida Bertha!

El rostro de Bertha estaba inundado de lágrimas.

—No existe en mi alma, dijo, un solo deseo, una sola idea que no pida vuestra felicidad, hermosa May! No existe en mí una idea de reconocimiento que no se haya borrado por el recuerdo de las tiernas atenciones que habeis prodigado á la pobre ciegecita desde nuestra infancia. Bendita seas, May, feliz y bendita, cuando en este dia, mi querida May, —la estrechó tiernamente contra su pecho, —aun cuando en este dia mi corazon casi se haya desgarrado al saber que ibais á ser su mujer! Padre! May! Dot! perdonadme este amor como recuerdo de todo lo que ha hecho por dulcificar mi triste existencia; perdonadme, porque pongo al cielo por testigo, que esperimento todavia un placer al verle casarse con una mujer digna de él!

Habia abandonado las manos de May, cuyos vestidos tocaba en una actitud suplicante. Cuando concluyó de hablar, dejóse caer á los pies de su amiga y ocultó su cabeza en los pliegues de su vestido.

—¡Dios omnipotente! exclamó el pobre padre hundido bajo el peso de aquella horrible verdad, —no la he engañado pues desde su cuna sino para desgarrarle un dia el corazon!

Felizmente para todos ellos, Dot y la amable y solícita criatura, —porque debemos concederle estas cualidades, y sin embargo quizá un dia nos veamos obligados á aborrecerla, —felizmente, he dicho, se hallaba allí Dot; de otra suerte, ignoro cómo hubiera terminado aquello. Pero Dot, recuperando la primera su sanare fria, se apresuró á intervenir sin dar á Caleb ó á May tiempo para pronunciar una palabra.

—Vamos, valor! querida Bertha, le dijo. Venid conmigo. Dadla el brazo, May. Veo se halla ya mejor. ¡Cuánto nos quere! añadió la sin par mujer besando la frente de la jóven. —Venid conmigo, querida Bertha! Venid tambien, mi buen Caleb.

Cuando separó al pobre Caleb y á Bertha, á quienes dejó llorar juntos, volvió á su aposento.

Muy pronto despues se oyó el ruido de un carruaje y los ladridos de un perro. Era el carruaje que volvia á buscar á su mujer.

—¿Qué ruido es ese? exclamó Dot en el momento en que Juan entraba en el aposento.

—¡Pues qué! ¿no me veis? respondió el carruaje que se mantenía en la puerta.

—¿Hay alguno detrás de vos? dijo Dot.

—Nada se os puede ocultar; lo veis perfectamente, dijo Juan riéndose.

—Entrad, caballero, sereis el recien llegado; nada temais, continuó esforzando su voz.

A esta palabra se vió entrar al anciano.

El carruajero era hombre de buen humor. Aproximóse á su mujer y la dijo cogiéndola de la cintura:

—Pues bien, malvada, estás resentida conmigo. ¿No es cierto? Estoy convencido de ello;

—pero saludá á nuestro amigo, Dot, añadió mostrándole el anciano.

Dot bajó los ojos temblando.

—¿Sabeis, prosiguió el carruajero, que os admira y ama con todo su corazón? No me hablabado sino de vos en todo el camino, y le profesó amistad.

—Siento no merecer mas esta admiracion, Juan, replicó Dot mirando á su rededor con perplejidad, sobre todo cuando su marido encontró la de Tackleton.

—Pero es tiempo de que partamos, dijo Juan: ¿estais dispuesta, Dot?

—Una palabra, Juan Peerybingle, antes que partais, dijo en voz baja Tackleton,—lo que tengo que revelaros es triste, y me afliga lo que ocurre. Ah! lo sospechaba demasiado...

—¿Pe o qué es pues? preguntó el carruajero desconcertado.

—Silencio! venid conmigo... vais á ver!

Sin añadir una sola palabra, el carruajero siguió á Tackleton. Atravesaron un patio con la luz que manaba de las estrellas, y entraron en el almacen de Tackleton. Habia en este almacen una ventana que miraba al aposento de Caleb.

La oscuridad mas profunda reinaba en el almacen.

—¡Un momento! dijo Tackleton. ¿Tendreis valor para mirar por esta ventana?

—¿Por qué no? respondió el carruajero.

—Un momento aun, dijo Tackleton. No cometed violencia alguna; eso á nada conduciría: además, eso seria peligroso. Sois valiente, y un homicidio se os comete muy pronto.

El carruajero miró á Tackleton, y retrocedió un poco como herido de espanto. Despues, revisitiéndose de resolucion, salvó de un solo brinco la distancia que le separaba de la ventana, y vió...

¡Oh desgracia! ¡Muger pérfida!

Vió á Dot con el extranjero, que no era ya un anciano, sino un jóven y bello mozo. El extranjero tenia en su mano á falsa cabellera blanca que le habia producido la hospitalidad en la morada desconsolada para siempre.

Juan le vió inclinarse y hablar en voz baja á su mujer. Vió á Dot que le sonreia con ternura y le daba la mano.

Juan estrechó convulsivamente sus puños,

como si hubiese querido derribar un leon. Pero muy pronto, dueño de este primer movimiento, cayó exánime herido por la emocion.

Por último, cediendo á las amonestaciones de Tackleton, atravesó el patio, y fué á colocarse al lado del carro esperando á su mujer.

—¡Buenas noches! ¡buenas noches! gritaba Dot un instante despues, subiendo al carro, donde el extranjero falaz habia tomado asiento.

—¿Pero dónde está Juan? Juan! Juan!

—Juan quiere andar el camino á pié conduciendo el caballo, contestó Tackleton.

—Andar el camino á pié en esta noche tan fria! ¡Pensais en ello, Juan!

Pero este, con el rostro cubierto con una bufanda espesa, no respondió... Pegó un latigazo al caballo y se puso en marcha. Boxer, como ignoraba las cosas que acababan de acontecer, corria hácia adelante, hácia atrás, ladrando tan alegremente como de costumbre.

El pobre Caleb, despues de la partida de sus huéspedes, se sentó en el rincon de la chimenea al lado de su hija, que se puso á contemplar con una tristeza amarga acusándose de haberla desgarrado el corazón.

Un silencio profundo reinaba en el aposento. Los juguetes que se habian puesto en movimiento para divertir al hijo de Dot, habian adquirido mucho tiempo hacia su inmovilidad.

Se hubiese dicho que aquellos caballos, muñecas y animales de toda especie con sus miradas fijas y sus bocas abiertas, estaban como petrificados por la admiracion despues de haber sido testigos de la perfidia de Dot y las tiernas confesiones dirigidas á Tackleton por la ciegucecita.

Canto tercero.

El cuchillo daba las diez, cuando el carruajero fué á sentarse al rincon de la chimenea.

Las facciones de Juan estaban en extremo alteradas por el dolor. Su corazón estaba desgarrado. Este corazón se hallaba tan henchido de amor hácia Dot! profesábala tanto afecto! Era tan sincero, tan fuerte para recibir impresiones gratas, tan débil para las desagradables, que desde el suceso fatal, apenas quedaba en él un vacío para conservar la imágen mancillada de su ido'o.

Pero poco á poco, y mientras que el carruajero reflexionaba al lado del hogar, ahora frio y sombrío, ideas terribles atravesaron su ánimo, como una tempestad que rugie durante la noche...

El extranjero se hallaba en la casa que habia mancillado... Solo era preciso subir tres escalones para llegar á la puerta de su aposento... De un solo golpe podia derribar esta puerta...

¡Un asesinato se comete muy pronto! habia

dicho Tackleton. ¿Pero se calificaría de asesinato si daba al malvado tiempo para defenderse? El extranjero no era joven y fuerte!...

Ideas horribles que impelían á Juan á cometer un crimen cuyo recuerdo trasformaría su alegre morada en una casa maldecida, por cuya proximidad temería pasar el viajero durante la noche.

Este joven era sin duda objeto de un primer amor!

¡Pensamiento horrible!

...Después de haber acostado al niño, bajó Dot al aposento en que se hallaba Juan.

Aproximóse ignorándolo él, y colocó el taburete á sus pies. Juan no notó la presencia de su mujer sino en el momento en que sintió que una mano se colocaba sobre la suya y vió los ojos de Dot vueltos hácia él.

Aquel rostro angelical le sonreía con melancolía, y parecía le preguntaba la causa de su muda aflicción. Juan no tuvo valor para rechazar á su mujer, que permanecía á su lado, con las manos plegadas, las miradas suplicantes, y la cabellera esparcida. Y sin embargo, experimentaba un dolor agudo al verle así, porque estaba adornada de aquel aire de inocencia que la era habitual, y su mirada reflejaba como siempre solicitud y amor.

Levantóse por último, y se alejó sollozando. Juan comprendió que hubiera deseado mas bien verla muerta que culpable hácia él, y á medida que este pensamiento acrecía en su ánimo, las ideas de venganza acrecían tambien en él.

Había allí un fusil pendiente de la pared. Juan se apoderó de este fusil, y se marchó hácia el aposento del extranjero. Parecióle que aquella arma estaba destinada fatalmente á matar á este hombre como á un animal feroz.

Anduvo un paso mas hácia la puerta... De repente un vivo resplandor brilló en la chimenea, y el grillo se puso á cantar!

■ Ninguna voz humana hubiera podido calmar el furor de Juan como este solo canto hizo de repente. Este canto agolpaba en su alma tantos recuerdos placenteros!

Juan se alejó de la puerta, y dejó su arma. Después, habiendo tomado de nuevo su sitio en el rincón de la chimenea, ocultó su rostro entre sus manos, y derramó lágrimas en abundancia.

Entonces se adelantó el grillo hácia el aposento y tomó á vistado Juan una forma fantástica.

—*Le quiero, por todas las ideas que su voz inocente me ha sugerido*, dijo la hada.

—Estas son sus mismas palabras! exclamó el carrujero.—Sí, Dot hablaba así!

—*Esta morada ha sido la mansion feliz, Juan, y por esto quiero al grillo!*

—Es la verdad, replicó el carrujero; traje aquí la felicidad consigo, pero ha desaparecido completamente de esta morada.

—Dot es tan amable, bondadosa, alegre y tan activa! dijo la voz.

—Oh! cuánto la amaba! dijo Juan.

—Cuánto *la amo*, quieres decir; replicó la voz.

—Por este hogar, del que constituía el encanto y que sin ella permanecerá triste y afligido; por este hogar, testigo de tanto regocijo, escúchame! escúchame! porque digo la verdad.

Y mientras que el carrujero continuaba absorto en sus pensamientos, mil hadas, que salían de todos los objetos que adornaban la casa, se adelantaron á saludar la imágen de Dot que acababa de aparecer en medio del aposento, como en un espejo mágico.

Con sus manos solícitas, coronaron de flores aquella graciosa imágen, como para probar que era siempre pura y digna de su amor.

De repente fué la aparición á colocarse en el rincón de la chimenea al lado de Juan. Las hadas vagaban en rededor de este, y parecían decirle con una sola voz, mostrando á Dot: Ved aquí la mujer que llorais!

Sonidos confusos de voces é instrumentos resonaron alegremente en la parte de afuera, y de repente, una porción de jóvenes, en cuyo número se contaba May Fielding, se precipitó en el aposento cantando.

Dot, cuya juventud y hermosura descollaba entre todas, se hallaba en medio de ellas. Invitábanla á que las acompañase á bailar. Pero Dot rehusaba verificarlo, mostrándoles la mesa puesta, y haciéndoles comprender que esperaba á alguno.

En este momento, un carrujero pasó el dintel de la puerta, y Dot fué á precipitarse en sus brazos.

Al mismo tiempo apareció otra imágen en el espejo mágico: era la del extranjero, cuya sombra inmensa se extendía á lo lejos y parecía oscurecer el brillo del espejo. Pero las ágiles hadas, poniendo manos á la obra, como un alegre enjambre de abejas, frotaron el espejo, y le volvieron todo su brillo.

La imágen de Dot se pintó en la mas hermosa, mas brillante que nunca, y meciendo al niño en sus brazos.

Aun cuando, de vez en cuando, la sombra del extranjero se pintase en el espejo, no era ya tan gigantesca. Cada vez que esta sombra apareció, las hadas exhalaban un grito general de consternación, y hacían mover sus brazos y sus piernas con una actividad increíble para volver al espejo su brillo primitivo. Entonces la imágen de Dot se pintaba de nuevo, y alegres aclamaciones saludaban su regreso.

La noche transcurrió de esta manera. Las estrellas palidiecieron,—la aurora inundaba la atmósfera fria,—el sol con sus rayos dorados bañaba la campiña.

El carruajero se hallaba en el mismo sitio y actit ud.

Cuando se hizo enteramente de día, levantóse para reparar el desórden de su traje. Este día era el de la boda de Tackleton, y la vispera aun se habia convenido que iria al templo con Dot. ¡Qué variacion se habia verificado desde la vispera!

desagradable que nunca. Pero el carruajero prestó poca atencion á todo esto. Sus ideas estaban muy lejos de allí.

—¡Pues bien, amigo mio! dijo Tackleton con tono compasivo, ¿cómo os hallais esta mañana?

—He pasado una noche mala, señor Tackleton, contestó el carruajero moviendo la cabeza



La jóven besó la cabeza del anciano.

El carruajero se esperaba para recibir la visita matinal de Tackleton. Efectivamente, apenas habria paseado diez minutos delante la puerta de su casa, cuando vió de lejos el carruajero del comerciante de juguetes.

Tackleton iba magníficamente vestido, y guardaban la cabeza de su caballo cintas y flores.

El caballo tenia el aspecto de prometido esposo mas bien en verdad que Tackleton, cuyo ojo medio abierto tenia una espresion mas

pero ahora estoy tranquilo... ¿teneis tiempo para concederme una media hora de conversacion?

He venido exprofeso con este objeto, respondió Tackleton bajando del carruaje.

—¿La ceremonia tendrá lugar hácia el medio día, creo? preguntó Tackleton entrando en la casa con el carruajero.

—Sí, dijo este; así tendré tiempo de hablar con vos.

En el momento en que entraban, vieron á la

criada que llamaba fuertemente á la puerta de la habitacion ocupaba por el extranjero.

—No contesta! exclamó Tilly con espanto: ¿se habrá muerto?

—¡Vamos á ver! dijo Tackleton. Esto es singular.

El carruajero le hizo comprender por medio de un ademán que era completamente libre de obrar como gustase.

Tackleton fué pues á auxiliar á Tilly; pero llamó en vano; no recibió contestacion alguna. Por último, pensó levantar el picaporte de la puerta, que abriéndose sin la menor resistencia, le permitió penetrar en la habitacion.

Un segundo después salió de ella corriendo.

—Juan Peerybingle, dijo Tackleton, creo que ningun suceso habrá tenido lugar en la pasada noche!

El carruajero se volvió bruscamente, y miró á Tackleton con aire alarmado.

No se halla ya aquí, replicó Tackleton, y tenia...

—Tranquilizaos, interrumpió el carruajero. Entró en ese cuarto ayer noche sin haber sufrido de mi parte ningun mal tratamiento, y nadie ha entrado en ella después. Ha partido voluntariamente. Consentiría mendigar mi pan, de puerta en puerta, el resto de mis dias, si pudiese conseguir, á este precio, que el extranjero no hubiese venido á mi casa; pero vino y partió. Todo está dicho.

Tackleton parecia incrédulo.

—Me mostrásteis ayer la mujer que amo, prosiguió el carruajero, hablando misteriosamente con el extranjero. No podiais causarme una herida mas cruel, y en verdad no la esperaba de parte vuestra. En fin, la habeis causado. Pero, así como habeis visto á mi mujer, á la mujer que amo, en su debilidad y vergüenza, así tambien es justo que la veais en su vigor y su gloria. Pero vais á verla con mis ojos, y conocer el fondo de mi pesamiento.

Tackleton ocupaba una posicion embarazosa, porque á pesar de su rudeza y su sencillez, el hombre que se hallaba ante él estaba revestido de una dignidad imponente.

—He amado á mi Dot, prosiguió el carruajero, porque la he visto crecer en la casa de su padre; porque conocia sus buenas cualidades, y por último, porque hacia muchos años era mi vida. Creo que nadie hubiese podido amarla mas. Muchas veces me he dicho á mí mismo que no era digno de ella; pero que, á pesar de esto, sabria hacerla feliz, y sobre todo, apreciarla mas que ningun otro. Esta idea me alentaba, y me decidí á pedirla en matrimonio. Diósemela. Habia estudiado perfectamente mi corazon. Comprendia cuán feliz seria.—¡La amaba tanto! Pero, lo veo ahora, no habia estudiado las inclinaciones y disposiciones de Dot.

—Indudablemente, dijo Tackleton. ¡No habiais notado su frivolidad, su coqueteria!

—Hariais bien en no interrumpirme, antes de haberme comprendido; y estais muy lejos de ello. Si me hallaba ayer pronto á castigar al hombre que hubiera hablado mal de ella, me siento hoy dispuesto á aplastar con mi pié el rostro de ese hombre, aunque fuese mi hermano.

El comerciante de juguetes bajó los ojos temblando.

—He pensado únicamente, continuó el carruajero, he pensado únicamente, enlazándome con ella, tan jóven y hermosa, que la separaria de sus companeras y de los placeres de su edad, para encerrarla en mi propia morada y pasar sus dias en mi tosca compania.

¿He reflexionado en la diferencia de nuestros gustos y de caracteres? ¿Me he preguntado á mí mismo si su imaginacion viva y alegre podria acomodarse á mi inteligencia lenta y obtusa? ¿Por qué pues he considerado como un mérito mi amor hácia ella, puesto que no se la puede ver sin amarla? ¿Me he aprovechado de su inesperienza para casarme con ella. ¡Cuánto me arrepiento de ello hoy, no por mí, sino por ella, la pobre niña! ¡Bendícala Dios! continuó el carruajero, con una emocion profunda,—por haberme ocultado con tanta ternura la verdad. ¡Pobre Dot!

—Debe impresionaros la prueba de ternura que acaba de daros, dijo Tackleton con tono burlesco.

—Se ha esforzado constantemente, replicó el carruajero anegado en llanto,—se ha esforzado constantemente en mostrarse amable y afectuosa; pongo en ello por testigo los dias de felicidad que he pasado bajo este techo, y este recuerdo me proporcionaba algun consuelo, cuando me hallé aquí solo.

—¿Cómo, solo? dijo Tackleton.—¿Qué pensais hacer?

—Quiero, respondió el carruajero, reparar todos mis yerros, quiero volverla la libertad que la he arrebatado.

—¿Reparar vuestros yerros? exclamó Tackleton haciendo un gesto horrible y riendo á carcajadas. Os he comprendido perfectamente.

El carruajero asió á Tackleton del cuello de su levita, y le sacudió como hubiese hecho con una caña.

—¿Tengo aspecto de burla me? exclamó. Oidme pues hasta el fin. He pasado toda la noche en el rincon de la chimenea, y he reflexionado prolija y seriamente. ¡Por mi alma, Dot es inocente! La desconfianza y la cólera me han abandonado, y únicamente ha permanecido la afliccion. No la acuso ya de lo que hizo ayer: obró sin reflexion, y la perdono. Así que sea libre que vuelva á la casa paterna de donde tuve la

crueldad de arrebatarla. Entre nosotros, todo ha terminado.

—¡Oh! no, Juan, no ha terminado todo. Acabo de oír vuestras nobles palabras, y creed que siento por ellas una gratitud estremada.

—Concededme únicamente una hora antes de fallar acerca de mi suerte.

Era Dot misma quien acababa de hablar; Dot que hasta este momento se había mantenido acurrucada en un rincón, quien no había perdido una sola palabra de esta prolija conversacion.

—No me volvereis la felicidad pasada, contestó el carrujero sonriendo tristemente. Pero hágase como deseais.

—En cuanto á mí, dijo Tackleton, no tengo tiempo para esperar. Es preciso que parta. Se me espera para la ceremonia. Buenos dias, Juan Peerybingle; siento no poder asistir á la explicacion que ha prometido vuestra mujer. Buenos dias.

—Me he esplicado con claridad por mi parte; ¿no es cierto? dijo el carrujero acompañando hasta la puerta á Tackleton.

—Con suma claridad.

—¿Y no olvidareis lo que he dicho?

—En verdad, respondió Tackleton, despues de haber tenido la precaucion de subir á su carruaje antes de contestar, lo que me habeis dicho es tan prodigioso que no lo olvidaré, os lo prometo.

—Tanto mejor para ambos, respondió el carrujero. Adios.

Juan Peerybingle, despues de haber seguido con la vista durante algunos momentos al carruaje que se alejaba con rapidez, fué á pasear sus meditaciones al jardín, para no volver antes que hubiese dado la hora.

Dot no permaneció sola sin embargo, porque Caleb Plumenier y la ciegucecita acababan de llegar.

—Sabia que no iriais á la boda y que os hallariais aquí, dijo Caleb estrechando afectuosamente las manos de Dot. Háseme referido lo que ha pasado; pero os conozco, Dot, y no os creo culpable. Bertha no quiere asistir al casamiento, y la conduzco aquí para que aconsejéis á la pobre niña que llora y se aflige.

—Dot, exclamó Bertha, ¿dónde está vuestra mano! ¡Ah! gracias, dijo estrechándola contra sus labios. Se habló de vos malamente ayer, continuó la jóven; pero lo que se ha dicho, no es cierto; estoy plenamente convencida de ello.

Dot no contestó.

—¡Los malvados han mentido! exclamó Bertha. Se lo he dicho. No me hallo tan ciega que no pueda descubrir la verdad. Os conozco á todos mejor que podreis creer!

—Bertha, querida hija! dijo Caleb, puesto que nos hallamos los tres solos, voy á hacerte una confesion sensible.

—Una confesion sensible, padre?

—Sí, dijo Caleb; tengo que confesarte, Bertha, que te he engañado; y que he sido muy cruel para contigo, sin querer serlo!

—¡Vos cruel para conmigo! exclamó Bertha asombrada.

—Se acusa con mucha severidad, Bertha, dijo mistress Peerybingle.

—Sereis la primera en reconocerlo.

—¡El cruel para conmigo! repitió la jóven con una sonrisa que denotaba incredulidad.

—Sin dañada intencion, hija mia, dijo Caleb. Pero he sido cruel, y no lo conocí hasta anteayer.

Querida hija mia, ¡oye y perdóname! El mundo en que vives, amor mio, no es cual te lo he descrito. Dabas crédito á mis palabras, y te he engañado.

Bertha, trémula, se estrechó contra su amiga.

El sendero que tenias que recorrer era difícil, querida hija mia, continuó Caleb, y queria hacértelo menos sensible. Te he representado los objetos y los caracteres de distinto modo que son en sí, y he inventado cosas que jamás han existido; Bertha, era esto para hacerte mas feliz. Te he rodeado de ilusiones y mentiras. ¡Perdónemelo Dios!

—¿Pero las personas no son las ilusiones?... exclamó la ciegucecita palideciendo.—No podeis variarlas!...

—¡Las he variado, Bertha! Hay una de ellas, sobre todo, que conocéis, amada mia...

—¡Oh padre! perdonadme, dijo con una especie de terror.

—El hombre que debe casarse hoy, continuó Caleb, abriga un corazon duro y malvado. Ha sido para nosotros, hace muchos años, un amo desnaturalizado. Su cuerpo es feo, pero mas fea su alma.

—¡Oh! exclamó la ciegucecita con una expresion desgarradora? ¿Por qué pues me habeis engañado así?... ¿Por qué pues, despues de haber henchido mi corazon, venís como la muerte á arrancar de él lo que amo!... ¡Oh dios mio, cuán ciega estoy!... Cuán sola y abandonada!...

El desgraciado padre, con los ojos bajos, guardó silencio, porque su arrepentimiento y su dolor podian únicamente responder por él.

—Dot, dijo la jóven, describidme nuestra morada. Decidme la verdad.

—Es una triste y humilde estancia, Bertha, muy humilde en verdad. Vuestra casa apenas os ofrece un abrigo contra el viento y la lluvia.

La ciegucecita se levantó vivamente agitada, y llamó aparte á la mujer del carrujero.

—Todos estos presentes diarios, tan preciosos para mí, dijo, ¿de dónde procedian? ¿quién pues me los enviaba?... ¿Erais vos, Dot?...

—No.

—¿Quién era pues entonces? ¡Querida Dot, una palabra aun! Aproxímaos á mí... muy cerca. ¿No me engaíais, Dot?

—¡No Bertha, os lo juro!

—Os creo, porque os compadeceis de mí. Mirad alrededor del aposento. Fijad los ojos en ese pobre padre tan bondadoso y tierno... y... decidme lo que veis.

—Veo, contestó la jóven, quien comprendió el pensamiento de la desgraciada hija, veo un anciano sentado en un sillón. Su cabeza está tristemente inclinada hácia el suelo. Diríase que espera las caricias de su hija.

—¡Oh! sí, su hija le acariciará, le consolará! Continúa, querida Dot.

—Es un anciano quebrantado por las inquietudes y el trabajo; su cabellera es blanca. Le veo, en este momento, aterrado por la desesperación; pero le he visto muchas veces, Bertha, con la sonrisa en los lábios, cuando os hallabais alegre, y bendigo á ese pobre padre!

La ciegucecita, desprendiéndose de los brazos de su amiga, fué á arrojarse á las rodillas del anciano y cubrió de besos su cabeza blanca.

—Se me ha dado vista, se me ha dado vista! exclamó. Me hallaba ciega, y veo la luz! No conocía á este pobre padre!

Ninguna espresion podria explicar la emocion de Caleb.

—Oh! sois hermoso y os amo, padre! continuó la jóven. Que se diga aun que estoy ciega!

—Bertha mia! hija mia! dijo Caleb sollozando.

—Cómo no habria adivinado esto, Dios mio!

—El padre, tan jóven y hermoso con su levita azul, Bertha, dijo el pobre Caleb,—ha partido ahora.

—Oh! no, no ha partido, padre adorado! todo está circunscrito aquí en vos. El padre que amaba tanto; el padre que jamás he amado ni conocido bastante; el bienhechor que veneraba porque era bondadoso para conmigo; todo está circunscrito en vos. Nada ha muerto para mí. El alma de todo lo que me era mas caro en este mundo se halla aquí, aquí, con una cabeza blanca. Y ya no estoy ciega, querido padre!

Dot, absorta hasta el estremo en la contemplación de aquella escena tierna, dirigió la mirada hácia el cuclillo, y viendo que iba á dar la hora dentro de cinco minutos, se apoderó de ella una agitación violenta.

—Padre, dijo la jóven vacilando,—¿y Dot?

—Dot es tal como la he descrito, querida hija mia, porque me hubiera sido difícil hacerla mas bella y mejor.

—Vas á ser testigo de nuevas mutaciones, querida Bertha, dijo la jóven,—mutaciones que van á labrar nuestra felicidad.—No oís el ruido de un carruaje, Bertha?... decid, ¿nada oís?

—Sí, respondió Bertha, el carruaje se aproxima con rapidez.

—Preparaos, replicó Dot, cuya voz estaba trémula, preparaos para una sorpresa extraordinaria... Hé aquí el carruaje, añadió, colocando su mano sobre su corazón para comprimir sus latidos. Se aproxima! se aproxima!... Se ha parado!... oigo sus pasos!... Abrese la puerta!

Al proferir estas palabras, un jóven se precipitó en el aposento.

—Todo ha concluido! gritó Dot.

—Sí!

—Sí! segun nuestros deseos.

—¿Reconoceis esta voz, querido Caleb? Nunca la habeis oido? exclamó Dot.

—Sí... mi hijo el que marchó para las islas vivia... dijo Caleb con una voz trémula...

—Vive! exclamó Dot. Vive! Vedlo aquí! Es él, vuestro hijo, Caleb... Bertha! vuestro querido hermano!

En este momento el carruajero entró en el aposento, y dejó á vuestro arbitrio juzgueis de su admiración á la vista de aquella escena.

—Juan! exclamó Caleb, loco de alegría.—Juan, ved á mi hijo, el que creia muerto y que me ha sido restituido. ¿No le conoceis, vos que habeis sido tan bondadoso para con él durante su infancia?

El carruajero se adelantó para tomar la mano del jóven; pero retrocedió de repente creyendo reconocer en él al extranjero.

—Eduardo, dijo despues de un instante de silencio,—erais vos?

—Decídselo todo, exclamó Dot, decídselo todo, Eduardo, no me escuseis, porque en adelante no podré hallar favor en sus miradas.

—Era yo, respondió Eduardo.

—¿Cómo se os ha sugerido la idea de disfrazaros para introducirlos en la casa de vuestro antiguo amigo? dijo el carruajero.—Algunos años há, Caleb conocia un jóven sincero y bondadoso que no hubiera cometido esta accion vituperable.

—Tenia en otro tiempo tambien un amigo generoso, que amaba como á un hermano, y que no me hubiera juzgado sin oirme. Erais vos. Por lo mismo, estoy plenamente convencido que no rehusareis oirme hoy.

—Hablad pues, dijo el carruajero, lanzando una mirada que indicaba su turbacion, sobre Dot que continuaba separada de él.

—Antes de partir para las islas, dijo Eduardo, amaba á una jóven, y era correspondido de ella. Era muy jóven aun, es verdad, y quizá había interrogado mal á su corazón; pero me hallaba convencido del mio, y amaba con delirio á aquella jóven.

—Vos! exclamó el carruajero, vos!

—Sí, la amaba, contestó Eduardo. Habfame confesado su ternura, y despues he creído siem-

pre en ella. Ahora estoy seguro del amor que me profesa. Tengo pruebas de ello.

—Gran Dios! exclamó el carruajero.

—Después de mil pesares, mil peligros, la he sido fiel, y me disponía á recordarle la fé jurada, cuando supe, antes de verla, que me había olvidado y prometido su mano.

Sin embargo quise volverla á ver por última vez. Oculto bajo un disfraz, me aproximé á esta morada, y...

—Y, dijo Dot tomando la palabra, á la vista de Eduardo que creía muerto, y sabiendo sus intenciones, le aconsejo ocultase su llegada á todo el mundo, sobre todo á su antiguo amigo Juan Peerybingle, quien decía no podría guardar un secreto. Después, ella,—ella, soy yo, Juan, dijo su mujer,—le refirió cómo había consentido la jóven, creyéndole muerto, contra su voluntad, y por obediencia á la voluntad de su madre en enlazarse con otro. Díjole de este modo o,—ella, soy aun yo, Juan,—le dijo que el casamiento no se había verificado, que se encargaba de ver á la jóven é interrogarla. Por último les proporcionó una entrevista, y se entendieron perfectamente, se casaron una hora há! Y ved aquí al desposado! Y Gruff-et-Tackleton puede morir so tero, si esto le conviniera! Y soy una mujer feliz, Juan!

El honrado carruajero á causa de las emociones variadas que agitaban su pecho, quedó como petrificado, durante un momento; después se precipitó hácia Dot tendiéndole los brazos.

—No, Juan, no. Oídme hasta el fin. Antes de volverme vuestra ternura, esperad que os lo haya dicho todo. He cometido la falta, Juan, de tener un secreto para vos. Lo siento en estremo. No creía obraba mal, y he comprendido mi yerro hártó tarde. ¿Pero cómo habeis tenido valor para sospechar de mí, Juan?

Juan Peerybingle quiso de nuevo estrecharla entre sus brazos; pero le rechazó.

No, Juan! le dijo, no es aun tiempo!

Cuando os reprendo, Juan, si os llamo animal, imbécil, es porque os amo. Pero hé aquí lo que reservaba deciros, y lo que he conservado para el fin, mi amable y generoso Juan; mientras que hablabamos noches pasadas con motivo del grillo, ansiaba deciros que, al principio no os amaba tanto como os amo hoy; pero, querido Juan, todos los dias, todos los momentos, siento en mí que os profeso mas cariño, y mi ternura aumentaría aun, si esto pudiese verificarse después de proferir esta mañana aquellas palabras que tanta nobleza de corazón encierran. Ahora, querido marido, estrechadme contra vuestro corazón! Esta es mi morada, Juan, y jamás penseis despedirme de ella!

Sería difícil describir los dulces trasportes de Juan, y el enternecimiento de todos los testigos

de aquella escena tan tierna. En medio de su regocijo pasaron las horas.

Sin embargo, un segundo carruaje acababa de pararse en la puerta, y se vió entrar á Gruff-et-Tackleton con el ojo hoscó y los cabellos desordenados.

—¿Qué quiere decir todo esto, Juan Peerybingle? exclamó Tackleton.

—Hay en ello algun misterio. Acabo de ver á mi futura en vuestra casa. Oh! vedla aquí!

—Perdon, caballero! dijo á Eduardo que hablaba en este momento con May; perdon, caballero; pero os pediré permiso para llevarme á esta señorita, porque tiene esta mañana misma que llenar su deber.

—Imposible! respondió Eduardo, cogiendo la mano de May,—quiero decir que la es imposible acompañaros al templo; ha ido á é! esta mañana, y quizá querriais excusarla. La señora se llama al presente mistress Eduarda Plummer.

—Ah! en verdad, dijo Tackleton haciendo un gesto horrible... Señora... caballero, recibid mi sincero parabien.

M. Tackleton se retiró sin pedir esplicacion mas ámplia, y después de haber quitado las flores y cintas que adornaban la cabeza de su caballo, el amante derrotado subió en su carruaje se alejó sin perder tiempo.

Aquel día feliz que debía estar escrito en caracteres de oro en el calendario, Peerybingle merecía ser celebrado con algun goce, y la linda Dot puso manos á la obra con su actividad acostumbrada. Era quien les auxiliaria para hacer los preparativos de una fiesta como se ve raras veces.

Mientras que el asador funcionaba y chisporreaban los hornillos, se organizó una *expedicion* para ir en busca de mistress Fielding, cuya ausencia hubiera sido motivo de afliccion para algunos convidados.

La *expedicion* no tardó en descubrir á la digna señora, quien después de haber tomado en un principio el cielo por testigo de que jamás volvería á ver á su ingrata hija, concluyó por dejarse entener por los suspiros y obsequios. La *expedicion* se aprovechó de aquel enternecimiento para llevarse á mistress Fielding. Nada faltaba ya pues en la fiesta, y los convidados se sentaron á la mesa en la disposicion mas favorable.

Al fin de la comida, Caleb entonó su cancion cómica, que obtuvo el honor de que se la hicieran repetir. Acababa de cantar la última estrofa, cuando se oyó llamar á la puerta.

Un hombre entró, quien fué á colocar una tortada en la mesa.

—De parte de M. Tackleton, dijo el hombre. Después salió sin mas esplicacion.

Este incidente produjo entre los convidados

un movimiento general de sorpresa. Mistress Fielding hizo observar con la sagacidad que la caracterizaba, que la tortada podia estar envenenada, y con este motivo se puso á referir una historia prolija y lamentable.

En despecho de las sospechas manifestadas por la prudente mistress Fielding, parti6 May el pastelón y todos comieron su parte.

Por la noche los alegres convidados improvisaron un baile, y jóvenes y viejos se mezclaron en él con un ardor sin igual.

En medio del desorden y de los gritos de ale-

gría, oíase distintamente la voz penetrante del grillo, quien nunca habia cantado con mas placer.

.....
¡Pero qué ocurre pues! Mientras que presto oido á estos cantos de regocijo, y busco á Dot para ver por último aun aquel rostro que amo, se ha desvanecido en la atmósfera; todo ha volado como ella y me hallo aislado. Un grillo canta en el hogar; un juguete roto yace á mis pies, y todo el resto ha desaparecido.



FIN DEL GRILLO DEL HOGAR.

NUEVA PUBLICACION DE LA GALERIA LITERARIA.
Á 2 CUARTOS LA ENTREGA DE OCHO GRANDES PÁGINAS.

EL HIJO PRÓDIGO

(PAGINAS DEL LIBRO DE LA VIDA.)

NOVELA DE COSTUMBRES ORIGINAL

DE DON RAMON ORTEGA Y FRIAS.

~~~~~  
Entregas 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191 y 192.  
~~~~~

MADRID.
MURCIA Y MARTI, EDITORES.
Cruz Verde 12 pral.

1866

LA BIBLIOTECA NACIONAL DE LA GALLERIA LITURGICA
NUEVA REEDICION DE LA GALLERIA LITURGICA

EL NIÑO PRÓDIGO

(PAGINAS DEL LIBRO DE LA VIDA)

NOVELA DE COSTUMBRES ORIGINAL

DE DON MANUEL GUTIERREZ Y FERRAS

Ediciones: 186, 187, 188, 189, 190, 191 y 192.

MADRID
BORGES Y MARTI EDITORES
Calle Velazco 12 plaza

1866